

LUIS ALFREDO GUZMAN

ESCRITO POR Valery Key

Escribí esto hace muchos años
pero no lo había podido publicar hasta hoy
junto a otros textos con el mismo nombre revoloteando

VALERIO ES LA CLAVE

Prólogo

Mi diario de vida no tenía muchas páginas, comencé escribirlo desde hace muchos años, sin embargo, no había avanzado. En sus hojas blancas se repetía lo mismo. Una y otra vez la misma incógnita, que pareciera de pronto aparecer y en otras desaparecer. Los puntos suspensivos, me dejaban una sensación de vacío.

—¿Escribiste la carta? —preguntó un hombre de estatura baja y poco cabello—. ¿O prefieres enviarle simplemente una de tus pinturas? —sonrió burlesco. Contagió con su sonrisa a uno de sus compañeros. Ambos bromearon por unos minutos.

Dejé el diario de vida a un lado y me enfrenté a la hoja en blanco. ¿Qué podía decirle si no lo conocía? Se suponía que debía... ¿decirle adiós? ¿Qué le importaría mi despedida a alguien como él? Estoy viejo para esto. Creo que.... quizás...

—¿Ya? —insistió el hombre bajo—. ¿Otra hora más princesa?

Me enfrenté a sus ojos y después roté los ojos al diario de vida. Quizás esto no era un adiós. Quizás podría convertirse en la forma de continuar aquellos puntos suspensivos y rellenar los vacíos. Eso era.

Suspiré largo y tendido. Escribí con letra manuscrita “Querido hijo:”, solo aquello me sumergió en mil recuerdos. Eran los dos puntos más difíciles de mi vida.

Caminé por la acera de una calle poco transitada. En la vitrina de una tienda unos cuadros se burlaban de mí. Apreté los ojos, empuñé las manos y anduve a ciegas con un temor irracional a mirarlas.

La primera vez que vi una pintura fue de Luis Alfredo Guzmán, me pareció levemente espeluznante, pero atractiva. Rodeaba el surrealismo con la utilización de expresiones oníricas, ocultaba el rostro humano con la singularidad de parecer natural y hermoso. Era la pintura de un niño pobre que no tenía brazos, una mano salía desde el ojo del niño cubriéndole la cara como si sintiera vergüenza o pudiera utilizar el tacto como una forma de observación. El resto del cuerpo del niño parecía una metamorfosis. Cada vez que me sentaba y lo analizaba recorría en mi cuerpo una sensación nueva y casi adictiva.

Solo tenía nueve años y mi padre me pidió que por favor dejara de mirar la pintura del niño, al no escucharlo, una noche la sacó y la regaló. Me prohibió terminantemente leer, estudiar o mirar cualquier cosa que guardara aunque fuese una mísera relación con el arte. Me llevó a psicólogos durante varios años. Mi mente parecía inyectada con un virus mortal, que me obligaba a representar aquella pintura en dibujos. A los quince años logré la perfección en la pared de mi pieza y el ojo real del niño me observaba cauteloso mientras dormía. Mi padre descubrió el dibujo y aterrado con lo que sus ojos veían, tuvo un ataque al corazón que casi le cuesta la vida. Aquello podría resumir el miedo tonto que me era complicado de explicar a mis amigos.

Hace diez años que no veía a papá y pedaleaba mi bicicleta exactamente en dirección a su casa. Me bajé del bus y pensé arrendar un automóvil, pero deseaba meditar. Las bicicletas siempre me regalaron aquella sensación de ruralidad y humanidad. El viento chocando con tu cara y los pies trabajando afanosamente por llevar tu cuerpo hacia algún lado. Me sumergía en buenas sensaciones.

Mi excusa para golpear la puerta de papá, después que me abandonó con mamá a mis cortos quince años, era precisa, decente y totalmente verdadera. Me repetía aquello en voz alta, mientras pedaleaba mecánicamente hacia la plaza donde jugaba cuando era un niño. Amarré la bicicleta a un árbol y empecé a caminar. El viaje en dos ruedas no me bastaba, ahora sí estaba usando los pies. Podía tener un contacto con el real pavimento, sentir el viento correr entre mis dedos y también la lentitud natural humana. El señor del kiosko era el mismo desde que tenía doce años y me miró sin reconocirme por un par de

minutos. Caminé rápido y asustado, por sus cejas negras y sus ojos escondidos entre arrugas.

La casa se veía extraña, era una especie de clínica particular veterinaria y tenía dos pisos más montados. Mi padre había comprado el terreno del vecino y la reja estaba protegida con electricidad. El barrio se había vuelto peligroso y mi padre millonario. Llamé dos o tres veces al timbre. Una niña de siete años me sonrió desde la ventana y después se escondió avergonzada cuando le respondí el saludo. Una mujer robusta de cabellos teñidos rojos salió desde la casa y me observó con cierto toque de desprecio que no podía ocultar.

—No estamos atendiendo después de las seis de la tarde —su voz era algo gangosa o resfriada—. Ven mañana.

—No traigo animales —sonreí y ella me examinó para saber si estaba diciendo la verdad—. En realidad vengo a conversar con el doctor Osvaldo Moris, un asunto personal.

—¿Cuál es tu nombre?

—Efraín... Efraín Moris.

Los ojos de ella casi salieron de las cuencas. Me abrió la reja, me dio un frío saludo y me llevó hacia la oficina de mi padre al interior de la clínica. La puerta estaba cerrada y ella nerviosa.

—No se preocupe, yo me encargo desde aquí —le dije con amabilidad y ella más tranquila logró sentir cierta simpatía por mí.

Toqué la puerta de la oficina y nadie respondió. Abrí la puerta y lo primero en encontrarme fue una especie de antepasado de papá; de cabello completamente blanco, arrugas y unas gafas. Él también se sorprendió y nos quedamos inmóviles reconociéndonos. Éramos como dos viejos amigos de brisca. Al final volvió sus ojos a los documentos.

—Entra y cierra la puerta. Siéntate.

Obedecí cada instrucción y una vez sentado mis manos empezaron a sudar. Repetía cada idea en mi cabeza pensándola una y otra vez. Tenía un temor irracional a hablarle de cualquier tema que trajera otros temas del pasado. Temía del pasado y de la culpabilidad que me consumió después de su infarto.

—Bonito lugar —comenté con trivialidad.

Mi padre dejó la lapicera al lado, se sacó las gafas y se refregó sus cansados ojos varios segundos.

—Ve al grano Efraín.

—Mamá murió —solté seco y sin rodeos. El refriego de sus ojos se estancó y no podía reconocer su reacción—. Fue hace tres días.

—¿Por qué?

—Tenía un millón de enfermedades, papá.

—Era hipocondriaca.

—Pero tenía diabetes y eso era real.

Me miró sin pestañear, cuando la incomodidad me hizo carraspear, se levantó de la silla. Mecánicamente fue a darme un abrazo más frío que el de la mujer en la entrada.

—Estoy bien —logré apartarlo con la muestra de fortaleza—. Intenté avisarte, pero ya no tienes el mismo teléfono.

—No, lo siento —se quedó pegado en el suelo y luego me miró directamente—. Casi no te reconocí, estás muy delgado y pálido.

—Sí, ése es otro motivo —mis manos sudaban frío y las sequé en el pantalón. Desconocía a este nuevo papá y temía de sus reacciones robóticas—. Tengo diabetes y necesito a alguien que sepa colocar inyecciones y me controle la insulina —hablé tan rápido y tan nervioso, que no me extrañaría si se perdió en alguna de las palabras.

—¡Oh Efraín...! —exclamó.

—No voy a molestar, lo juro. Hice el traslado en la Universidad y tengo beca completa, heredaré algún dinero de mamá y tengo ahorros en el banco para costearme el tratamiento el resto del año, soy un buen alumno de veterinaria y constantemente me están ofreciendo trabajos pagados —conté mi currículum, como si estuviera buscando trabajo—. Puedo hacerlo, solo te pido un mes aquí hasta estabilizarme.

Colocó una mano en mi hombro.

—Efraín, el tiempo que sea necesario, esta casa es tuya —me dio un beso en la frente—. Te presentaré a la familia.

Papá era mucho más delicado colocando inyecciones que la abuela. Los pinchazos prácticamente no los sentía y eso era bastante satisfactorio para la enfermedad. La muerte de mamá, el traslado de ciudad, el clima, la universidad y los alimentos, me causaron varios desbalances. No deseaba ser un problema para papá, su esposa e hija, pero él se ofrecía a llevarme a la universidad en la camioneta, ya que no era conveniente que yo condujera, al menos hasta estabilizarme. El viaje con mi padre no incluía música ni conversaciones de ningún tipo, una o dos veces intenté hablarle sobre la carrera de veterinaria, pero sus respuestas eran monosílabas o ideas sueltas que no guardaban relación entre ellas. Cuando estacionaba fuera de la universidad, me recomendaba lo mismo, con voz seria y temible:

—No creas las cosas que andan diciendo por aquí.

—¿Qué cosas?

No repetía la advertencia y no contestaba tampoco.

Para sociabilizar fui a un bar frente a la universidad donde iban todas las carreras, desde medicina hasta danza, se reunían y muchas veces se formaban peleas cuando la borrachera poseía a los intelectuales y a los científicos. Era gracioso sentarse a ver el show, porque te contaban de todo tipo de cosas. Uno caminaba y podía enterarse de vidas completas con los mínimos detalles. Un día saltó a mis oídos, a varias mesas de donde estaba, el nombre de Luis Alfredo Guzmán, entre un grupo de mujeres. Me coloqué algo nervioso y me separé del grupo de veterinarios para recorrer las mesas de forma casual, en dirección hacia la barra. Pasé tras una chica de cabellos morados que fumaba y bebía desde la botella.

—Es un grande —la escuché mencionar entre tragos y fumadas—. Desde que su esposa falleció, el viejo enloqueció, pero los locos son genios. Si yo estuviera algo más loca... —miró repentinamente hacia atrás y me encontró con sus grandes ojos verdes.

—Quiero pasar —dije nervioso y ella bajó los pies de la silla para correrla hacia delante—. Gracias.

En la barra pedí lo primero que pasó por mi cabeza, que siempre era cerveza o vino. En esa ocasión el vino brotó de mis labios con naturalidad y la mujer que atendía se arregló el escote para servirme.

—¿Tinto o blanco?

—Tinto.

Me sirvió un vaso. Siguió atendiendo al notar mi falta de interés y desconcentración. No era muy recomendable que bebiera, pero en las enfermedades uno siempre miente, igual que al responder cuestionarios. Con el vaso, regresé exactamente por el mismo camino. La mujer de cabello morado me miró desde lejos y no apartó los ojos de mí hasta que estaba lo suficientemente cerca como para hablarme.

—Esto sería más agradable si me invitaras un trago... —comentó al aire y sus amigas soltaron unas risas.

—No sé de que hablas —me encogí de hombros.

—Idiota —escondió en un carraspeo.

—No estaba interesado en ti, particularmente —le susurré al oído—. Me llamó la atención la conversación.

—Claro, como si un veterinario supiera quién es Guzmán.

—¿Cómo sabes que soy veterinario?

—Tu padre es el veterinario Osvaldo Moris.

—¿Quién lo dice?

—Todo el mundo —escapó una risa burlesca y sus amigas también—. Creo que es mejor que sigas avanzando.

—¿Por qué?

Un hombre de unos dos metros apareció por sorpresa y me dio un solo empujón desde el pecho. Choqué con unos tipos que llevaban botellas de cerveza. Me caí cortándome la palma de la mano y golpeándome la cabeza.

—¡Mierda! —exclamé adolorido y los mismos tipos que empujé me ayudaron a levantarme—. Gracias. Les pago todo.

—No pasa nada amigo —siguieron su camino entre algunas risas.

El gigante abrazaba a la muchacha de cabello morado apropiándose de ella y yo cabreado volví a la barra para pedir otro trago. La sangre salía de mi mano y se esparcía

por mi frente. Al parecer el nombre del pintor se había convertido en una maldición en mi vida, porque siempre sucedían cosas terribles. Aún así, me sentía como un adicto en abstinencia durante diez años que estaba a punto de caer. El tipo se había vuelto por sí solo en un tema de conversación ahora, pero yo era el primero infectado con el virus, posiblemente era el primer ser humano que vio una de sus pinturas como si fuera un dios. Podía sentir como el virus estaba multiplicándose en mi cabeza y apropiándose de mis tontos movimientos. Realmente no estaba cabreado con aquel gigante que me empujó o con la engreída chica de cabellos morados, si no conmigo mismo y con Luis Alfredo Guzmán. Sentía aquel temor piadoso que un religioso proclama a Dios, el mismo que le hace suplicarle por un milagro, pero también culparlo de todo el dolor. Caminé de regreso a mi grupo de compañeros, tomando otra ruta. Solo podía escuchar en todas las conversaciones, en todas las mesas, en todas las bocas: Luis Alfredo Guzmán. Salí del local transpirado y respiré aire fresco para variar.

—¿De verdad lo conoces? —me interrogaron. Era la mujer de cabellos morados, fumando, separada de sus amigas y el grandote. Miré hacia la puerta de ingreso—. Tranquilo, no va a venir.

—No le tengo miedo —solté orgulloso y escondí la mano herida en el bolsillo de la chaqueta.

—Sí, claro —sonrió—. ¿Realmente conoces al pintor?

—Algo...

—¿Te gusta?

—No —respondí.

—¿Por qué no?

Me encogí de hombros.

—¿Has visto sus nuevas pinturas?

—No, dejé de seguirlo hace diez años.

—¡Dios! ¡Te has perdido la mitad de tu vida!

Nuevamente me encogí de hombros.

—En el museo existen solo ñoñerías, han salido a la luz algunas pinturas de los últimos cinco años. Solo la consiguen los muy fanáticos —suponía que ella las tenía—.
¡Son escalofriantes!

—Tiene ese toque.

—Quizás debería ir a verlo—comentó al aire, para sí misma.

—¿Ir a ver a quién?

—A Guzmán.

—¿Verlo dónde?

—¿No sabes? Vive camino a Observador, pero nadie se atreve a ir, se ha encerrado allí y parece que no es muy simpático.

Estaba aprendiendo demasiado y el miedo junto al virus me golpeaban el pecho. Con mala educación la dejé hablando sola, primero separé mi mente fraccionándola en miles de cosas y luego mis pies se movieron hacia un lugar donde pensara mejor. Era consciente cuando me gritó que me detuviera, pero ya había empezado a correr.

Nunca me tocó afrontar lo difícil de una herida para un diabético hasta tenerla. Mi padre, que solo me atrevía a llamar por Osvaldo, se horrorizó cuando notó una herida abierta en mi frente y luego se espantó al ver la de la mano. Pensé que era una exageración cuando mencionó el peligro que afrontaba, pero no, las heridas para un diabético son realmente mortales, porque no cicatrizan, se infectan, se gangrenan y un punto pasa a convertirse en un hoyo negro. Aún así, mi salud física fue abandonada por priorizar mi salud mental; estaba preocupado por mi cabeza, porque otra vez veía aquel ojo de la pintura del niño observarme desde la pared de la pieza y porque inconscientemente comencé a hacer dibujos en los cuadernos, que intentaban clonar pinturas de Luis Alfredo Guzmán. Continuaba invadiendo mi cabeza aquel arte perturbador o quizás el cáncer de la locura jamás dejó de evolucionar y solo me hizo creer que estaba cuerdo y sano, como todos los demás.

Una noche salí corriendo de la casa, con pijama, hacia el museo del arte. Sabía estaría cerrado, pero mi mente movió mis pies sin consultarme. Solo iba en una dirección y no podía detenerme como si estuviera programado para llegar y entrar por la razón o la fuerza. Desperté en la escalera del museo y llegué a casa temblando y trastornado. No deseaba preocupar a mi padre u otra vez enfermarlo, aunque con la madurez y experiencia que me dieron los años, yo mismo estaba asustado de mi mente.

—No puedo mantenerte aquí, si sigues así —me dijo papá. Dejó a un lado la advertencia del “no hablar con otras personas”, para darme una mucho más al hueso. Sabía por tanto, que anteriormente había sido ignorado y que debía decirme algo que me afectara directamente—. Sentiría realmente el tener que abandonarte en un momento así, pero la última vez que comenzaron estos síntomas...

—¡No son síntomas de nada! —me defendí y salí de la camioneta—. Estoy bien, es solo que la muerte de mamá y... el cambio de aire.

—Estás pasando momentos duros —estuvo de acuerdo—. Aún así, no sigas escuchando lo que dicen de ese hombre.

—¿De qué hombre? —me hice el desentendido.

No contestó la pregunta, me regaló una sonrisa tibia y marchó.

En clases saqué mi cuaderno de apuntes y aparecieron en cada página dibujos espeluznantes del pasado, mezclados con recuerdos personales y detalles que... No sabía en qué momento dibujé tantas cosas. Todas las páginas intentaban retratar algo que cada vez se acercaba más a la perfección, hasta que la última me dio tanto miedo que lancé el cuaderno lejos y todos los ojos del salón voltearon para verme como un bicho raro, como un niño con un brazo saliendo desde su ojo con un cuerpo en metamorfosis... ¡Dios! Temblando me colgué el bolsón y salí corriendo fuera de tantas miradas. Choqué con varios en el pasillo, hasta llegar al patio, correr al césped y tirarme boca arriba.

—¿Estás bien? —preguntó una mujer. Abrí los ojos y estaba la mujer de cabellos morados mirándome curiosa. Era extraña aquella conexión después de ver e interesarte por alguien, aquello que hace que dos personas que antes eran desconocidas se encuentren en todos lados—. ¿Por qué no respondes?

—Estoy bien. Genial. Estupendo. Fantástico —decía cada palabra escupiendo veneno. Me senté en el césped y ella me ofreció un trago de agua que acepté—. Gracias. Lo siento —le devolví la botella.

—¿Una mala clase?

—No, es solo... ¿Me acompañarías a un lado?

Ella se asustó y tomó distancia.

—No es nada romántico —expliqué y me refregué los ojos—. Ya quedó claro que no soy competencia para Goliat, así que nos ahorraremos esa parte incómoda...

—No importa que sea o no romántico, si te acompaño a un lado, el que sea, vas a terminar herido y... es algo que por más que intenté negociar...

—Goliat jamás escuchará a David —completé su idea—. ¿Sabes? Olvídalo. No quiero meterme en algo así... —me coloqué de pie.

—Solo por curiosidad... ¿dónde querías ir conmigo?

—Una vueltita cerca de Observador...

—¿QUÉ? —se espantó—. ¿Quieres ir a verlo? Pensé después del día de la fiesta que... me quedó bastante claro que no querías saber nada de Guzmán. ¿Qué bicho te picó ahora?

—Uno curioso, curioso...

—Bueno, no importa, Guzmán no recibe visitas.

—¿Alguien ha intentado llegar?

—Sí, yo... y no recibe visitas.

—¿Nadie más ha ido?

—Es que tú no has visto sus pinturas recientes, es para alejarse lo más posible de él, en vez de ir a darle una visita cordial. ¿Quieres que te muestre algunas?

—¡Oh! ¡Ah! —exclamé burlesco—. Tú no quieres acompañarme, pero quieres mostrarme algo en privado.

—No seas payaso —me tironeó del brazo y me di cuenta que deseaba alejarse lo más posible del patio o de lugares con muchos estudiantes. Su novio tenía que ser realmente bueno en la cama o tenerla muy amenazada, para comportarse de esta extraña forma.

Nos encerramos en una sala. Ella sacó de su mochila anaranjada una carpeta. Resopló un mechón rebelde que caía sobre su cara redonda y movió sus dedos rápidamente por unas hojas sueltas. Los momentos en que ella buscaba, fueron los más incómodos de mi vida, incluso más que aquella media hora a l lado de un padre medianamente ausente o los exámenes rigurosos con la sexy enfermera que tenía dos grandes razones para no mirarle a los ojos. Esto era incluso más incómodo que los besos de la abuela en navidad o cuando invitaba a un compañero de secundaria a casa y mamá tenía una de sus crisis. Mamá era siempre tan ausente y a veces explotaba en presencia sobreprotectora, como si hubiera estado durmiendo durante años en una burbuja y no me reconocía, entonces siempre se impresionaba porque su bebé Efraín ya era un hombre.

— ¿Estás bien?

— Sí — me mordí el labio inferior para regresar a la realidad con el dolor. El pecho me dolía, pero suspiré largamente y concentré mi atención en ella. No me había dado cuenta que tenía un tatuaje, su blusa se había desabotonado y el escote, mientras estaba concentrada buscando en la carpeta, dejaba entrever un tatuaje de una calavera en la voluptuosidad decente y natural de su seno derecho. La alarma de mi celular comenzó a sonar y ella levantó la mirada. No me sentía muy lujoso con un celular. Era un atributo que solo tenían las familias muy adineradas de esas que tienen parientes en las Europas, pero yo me sentía incómodo. Era grande, tenía una antena enorme y además metía demasiado ruido. Mis parientes franceses creían que era la revolución de las máquinas, pero yo pensaba que era algo inútil—. ¡Qué incómodo! — comenté para mis adentros y apagué la alarma.

— ¿Tienes un celular? ¿Por qué lo colgaste?

— No colgué, es una alarma.

— ¿Alarma de qué? ¿Qué hacen?

— Te recuerdan cosas.

— ¿Qué tenías que recordar?

— Nada — respondí con una sonrisa.

— Ok... — dejó de interrogarme y regresó su atención a la carpeta—. ¿Estás listo para esto?

—¡Espera!

Ella quedó helada mirándome. Mis manos empezaban con un temblor nervioso bastante ridículo y ni siquiera me había dado cuenta que ella abotonó su blusa, posiblemente se dio cuenta que estaba espiándola y creía que era una clase de perverso.

—¿Ya...? —preguntó.

—Ok.

Me mostró la primera fotografía; fueron reveladas en blanco y negro. La persona que sacó la imagen, era un muy mal fotógrafo, a pesar de ello podía reconocer que lucía bastante diferente al trabajo que le conocía a Guzmán. Había dejado de esconder el tético misterio de sus pinturas para reemplazarlo con solo los conceptos espeluznantes. Aún así reconocía un patrón, todas tenían ojos y siempre te miraban. Ella me presentó las cinco fotografías que tenía demasiado rápido.

—¡Para! —alcé la voz y se quedó como momia.

La última fotografía era de una mujer con la mitad del rostro huesudo. Ella estaba recostada en una alfombra aterciopelada, con las manos sobre su cabeza en una posición extraña. Reconocía manzanas alrededor, tiradas sobre ella como si fuera parte importante de una macedonia de frutas. Sus ojos eran increíbles, estaban hundidos en sus cuencas, pero incluso desde aquel agujero te observaban deseando contarte tanto. Siempre me perdía en los ojos, era como si gritaran, como si me llamaran, como si al verlos se recreara en mi cabeza un acontecimiento cruel, cada segundo que me sumergía en ellos el sentimiento era más fuerte hasta lograr quizás... algo, una unión con el pintor o la pintura.

Ella retiró por sorpresa la imagen.

—¡Qué vuelva! —exigí malhumorado y ella asustada volvió a dejarla en mis piernas.

—Creo que debería irme —la escuché balbucear, intentando recuperar su carpeta.

—No —tomé su brazo y la miré dos segundos a los ojos, los suficientes para darme cuenta que estaba siendo un imbécil. Me reflejé en el terror de su mirada y me di cuenta de la clase de niño que era con papá, del miedo que debió sentir mientras me transformaba en un monstruo demente—. Tienes razón. Lo siento —sin volver a mirar las fotografías, dejé que ella retirara la carpeta.

—¿Cuál es tu problema? —me increpó.

—No sé.

—Jamás había visto a alguien mirar una pintura así... Te desconectaste completamente. Te hablé en todo momento y...

—¿Me hablaste?

—Sí, te dije que quizás podría acompañarte a... visitar a Guzmán, pero ahora realmente no estoy segura si...

—Vamos —dije ansioso, pero intenté mantener la cordura—. Digo... si tú quieres.

—Sí, bueno...

Sonó otra vez el ladrillo molesto en mi bolsillo, lo saqué y contesté sin mirar el número en la diminuta pantalla. Realmente no estaba acostumbrado a los celulares y jamás me acostumbraría a ellos. Creía que la humanidad no estaba lista para la tecnología, quizás me equivocaba. Era mi padre desde la otra línea, contestó mi saludo con la frialdad característica y llegó rápidamente al motivo de la llamada, sin pasar por: “¿estás bien? ¿Cómo te fue? ¿Con quién estás? ¿A qué hora llegas?”. Estaba algo grande para aquellas muestras de atención, pero a veces deseaba dar marcha atrás y ser un niño normal con un padre sobreprotector.

—¿Te inyectaste la insulina como te dije? —preguntó y la respuesta la esperó escribiendo en un computador, podía escuchar el sonido de los dedos sobre el teclado.

—Ajá —respondí y caminé hacia otro lugar de la sala—. Gracias por preocuparte... papá —solté el “papá” con la voz cortada.

—De nada —contestó frío y colgó la llamada.

Me quedé unos segundos con el celular en mi mano.

—Entonces nos vemos el sábado a las siete en el muelle —escuché hablar a la chica de cabellos morados—. Ayudaría mucho si sabes conducir y si tienes auto. En realidad es un viaje larguísimo en bus y luego a pie otro par de horas para que nadie salga y tengas que regresar tan avergonzada y con tanta rabia...

—¿Eso te pasó a ti?

Asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Nos vemos —me dio un beso en la mejilla y salió rápido.

Sé que estaba en el museo, pero el cómo llegué allí fue lo extraño. Recordaba que papá me dijo que fuera al centro de la ciudad para visitar a un doctor que tenía una clínica bastante buena y costosa. Él había arreglado una cita, porque eran amigos, incluso estuvieron en seminarios juntos. Eso me lo comentó la esposa de papá, porque él no hablaba conmigo de temas privados, solo lo estrictamente relacionado con mi estado de salud y prevenirme de no escuchar al resto por más que me llamaran la atención sus palabras. Acepté ir a la clínica porque quería ganarme méritos para pedirle el viejo auto que tenía abandonado en la cochera y la libertad de poder conducir el fin de semana. La clínica quedaba a cuatro cuadras del museo y me bajé antes del microbús para llegar allí caminando. El punto era que no recordaba en qué exacto momento mis pies o mi mente, me llevaron al museo de arte, pero reaccioné varias horas después. Estaba completamente pegado en una pintura antigua de Guzmán, donde retrataba la frialdad de una mujer y el fruto amorfo de una relación caprichosa, una masa con tres ojos que cargaba, y podía reconocerle pies y manos pequeñas de bebé, aunque lo realmente perturbador eran los ojos que me observaban desde diferentes ángulos y cada uno de aquellos ojos tenía un color y una historia diferente. Por otro lado la mujer estaba ciega y no podía reconocer que lo que cargaba era una criatura horrible que sonreía dos veces de forma diabólica.

—Señor, estamos cerrando —escuché la voz del guardia del museo y con eso desperté. El lugar estaba vacío y las luces apagadas.

Debí quedarme pegado siete u ocho horas, afuera también podía reconocer que la luz del sol se había marchado. No sentía hambre o sed o deseos de ir al baño o de dormir o pestañear siquiera. Mi único deseo era seguir mirando aquella pintura, comprarla o robarla, pero seguir estudiándola hasta empaparame de su esencia. Regresé mi mirada a la pintura y el guardia algo nervioso empezó a pedir ayuda. Escuché en segundo plano algunas de sus palabras exageradas por el comunicador.

—¡Joven! —alzó la voz otro hombre—. Realmente tiene que salir o llamaremos a seguridad. Por favor jovencito no queremos sacarlo por la fuerza.

No me moví. Incluso me tironeaban, pero mis ojos continuaban en la pintura hipnótica y todo el resto era una vieja película muda de Charles Chaplin. Necesitaba regresar mi concentración y entrar en aquellos ojos solo una última vez antes de irme... Sentí un golpe de barrote en la espalda y luego otro en las piernas, que me hicieron caer de rodillas entre dolor y debilidad. Me aferré al gran cuadro de la pintura para que no me

separaran, pero entre tres hombres luchaban por llevarme y posiblemente me defendí dándole patadas, arañazos o puñetazos. Empecé a gritar cuando lograron despegarme del cuadro y después de aquel agotamiento físico me di cuenta de lo primordial, no me había inyectado insulina en todo el día.

Me calmaron los de la ambulancia con sedantes y cuando llegó papá empezaron a tratarme hasta estabilizarme. Desperté ya en casa con un gran dolor de cabeza y seguía con mareos terribles. Tenía algunas vendas por los golpes y un chichón en la cabeza. Di tropezones hasta salir de la habitación y bajé a duras penas la escalera. En el comedor la familia almorzaba o cenaba, pero estaba junta. No había tenido ni el tiempo ni el interés de compartir con ellos, pero eso no quitaba lo agradable y buenas personas que parecían. Me invitaron a sentarme, pero fue papá que respondió por mí.

—Irás a dormir y mañana veremos.

—¿Veremos qué? —preguntó su esposa.

—Su abuelo está interesado en que se quede con él unos días.

—No necesito que me busques hogar —le dije con lágrimas en los ojos—. No vine aquí por la Universidad o porque estoy enfermo... Estoy aquí por ti y...

—No sigas. Ve al cuarto y mañana veremos.

Apreté los dientes y obedecí, porque respetaba su casa y porque entendía que armar una pelea donde tenía todas las de perder, no era algo inteligente que hacer después del escándalo en el museo.

La llovizna del sábado me sorprendió completamente, desde mi llegada a la ciudad el sol era un vicio bastante maldito y mi piel tan blanca tenía que ser tratada con abundante bloqueador solar. Aquella llovizna me recordaba el pequeño pueblo donde estuve diez años junto a mi madre y al abuelo.

Mi padre no tenía una buena relación con su ex suegro, pero lo llamó solo para deshacerse de mí y conversaron a escondidas como si yo fuera un crío que no entendiera con simples palabras o miradas llenas de desprecio venenoso. La explicación de que mi padre no estuviera aquel sábado de llovizna podría deberse a que viajó al pueblo para venderme otra vez, para alejar a su hijo loco de la casa tan digna que había construido y la reputación que posiblemente creó y sembró con el sudor de su frente y la inteligencia de su cabeza. Pero eso no guardaba ninguna relación con mis pensamientos de la llovizna; mamá amaba la lluvia, pese a que en el pueblo siempre llovía, ella dibujaba una sonrisa hermosa cuando escuchaba las gotas desde su cama y me llamaba con urgencia para que la ayudara a levantarse.

Saqué el viejo auto de la cochera, dejé todo con llave, una nota con una mentira sobre los estudios y conduje hacia el muelle. Recordaba que a los trece años, además de todos mis problemas mentales, siempre venía al muelle a pensar. Antes el lugar no estaba tan grande y glamoroso, hacían eventos para niños y era bastante familiar. Muchas veces saltaba de roca en roca, muy cerca del mar y allí miraba a los lobos de mar trepando hacia las rocas, el volar de pelícanos acorralando el cielo en formaciones que parecían atacarte como naves de guerra y siempre me parecía eterno como el sol amaba tanto el mar que parecía que hacían el amor en lo que otros llamaban atardecer. También bebía, porque las únicas veces que vi a mamá cuando era pequeño, me enseñó dos cosas: la primera era a beber con solo doce años y la segunda que las personas que no miran a los ojos, posiblemente ni siquiera existan.

La chica del cabello morado llegó treinta minutos más tarde. No tenía grandes deseos de poetizar con aquel lugar, más bien parecía nerviosa, ansiosa y con deseos de acabar rápidamente con todo. Me sacó del lugar con una frialdad y escasez de palabras que no tuvo la última vez. Caminamos hacia el auto en silencio, guardé mis manos en los bolsillos y ella se cruzó de brazos bajo el pecho en actitud distante. Intenté ser cordial abriéndole la puerta del auto, pero ella lo rodeó y se sentó en la parte trasera lejos de mí.

—Son como cuatro horas de viaje —comentó ella— y una hora hacia el interior, que a pie son como cinco horas más.

—¿Caminaste cinco horas para verlo?

—Y cinco horas de regreso, así que pasé diez horas caminando y una hora llamando fuera de su castillo...

—¿Castillo?

—Casona, castillo, no sé... es grande. Solo vi algo de la fachada, muy antigua y muy espeluznante. No me esperaba menos. Realmente no sé qué esperaba... No te hagas esperanza.

—Saldrá —le di ánimos.

—¿Cómo sabes?

—Tengo aquel presentimiento —la miré por el espejo retrovisor—. ¿Tienes presentimientos?

—No, ojalá los tuviera, solo soy la tonta niña que todos quieren manejar como una pequeña y estúpida marioneta.

—Vaya, estás enojada —comprendí y preferí quedarme en silencio. Encendí la radio, pero resoplaba en todas las estaciones—. ¿Quieres hablar?

—Realmente tienes poca experiencia con mujeres... —sonrió y se desordenó los cabellos—. Nunca has preguntado mi nombre.

—Mamá decía que los nombres son todos iguales porque tienen letras, que la gente le gusta recordar nombres importantes, para sentirse importante, pero que jamás verán a esos nombres a los ojos, porque los nombres no son personas. Era una mujer muy inteligente.

—Era... — repitió como un eco—. ¿Qué le ocurrió?

—Era hipocondriaca y tenía algunas crisis nerviosas, así que nadie le creía mucho cuando decía que se sentía mal, hasta que se sintió mal de verdad y... cuando el doctor llegó a casa no había mucho que hacer. Sufrió mucho. Siempre sufrió mucho... —suspiré encerrado en mis recuerdos.

—¿Hace cuánto la perdiste?

—Unas semanas... No estoy realmente consciente del tiempo.

—¡Dios mío! —exclamó—. Fue hace poquísimo —se hizo hacia delante y colocó una mano en mi hombro—. No has vivido realmente el luto, no has vivido realmente nada, lo estás ignorando.

—Siempre lo ignoro todo —contesté y ella frunció el ceño—. No pasa nada. Estoy bien. Estoy decentemente bien —la miré por unos segundos, luego regresé la atención al camino, que no iba a cambiar o moverse—. Me voy en unos días —le comuniqué—. Papá cree que debería pasar tiempo con mi abuelo materno.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—¿Tienes abuelo paterno? Jamás escuché del padre del doctor Moris, supongo que fue un veterinario como él, tendría sentido...

—Creo que no se conocieron.

—Entiendo eso, yo tampoco conocí al mío.

—¿Te hubiera gustado hacerlo?

—Pues mamá dice que era un cerdo asqueroso, un narcisista de mierda, un estafador, arrogante y un café de primera, así que no, gracias —sonrió intentando alegrarme. Sonreí también—. Pero sí he sabido cosas de él, al final uno siempre lo sabe, tarde o temprano. Si aquello no te gusta, trata de ignorarlo.

—¿Crees que mi padre está mintiéndome?

—No sé, solo digo que en mi experiencia es imposible no saber nada, la absoluta nada es... inverosímil —se echó hacia atrás y se acomodó—. Me llamo Violeta, a todo esto.

—Hola —la saludé y ella sonrió.

El desvío por Observador se llamaba La Quimera, era un lugar muy turístico y de descanso, con playas, colores y todo tipo de artistas. Imposible era de imaginar que en este cúmulo de almas, existiese siquiera una pincelada del alma gris de Guzmán o era quizás que su alma estaba intentando tragar luz. Me arrepentí de no seguir en la ciudad, porque el día anunciaba lluvia y frío, mientras que aquí el clima estaba templado, ideal para la playa o aquellos tontos paseos familiares.

—No queda por aquí. No te preocupes —me dijo ella al oído. Ya desde la segunda vez que nos detuvimos, se sentó a mi lado y se colocó el cinturón de seguridad—. Dobla a la derecha.

Bajo el mando de sus instrucciones, las ruedas del viejo auto se fueron alejando de los colores, hasta adentramos en un bosque y el pavimento se convirtió en tierra. El auto dio algunos problemas, el motor se ahogaba y costaba darle marcha. Varias veces me había ganado, pero obligado por la mirada inocente y llena de convicción de ella, lo intentaba una última vez, que resultaba ser la indicada. Ella con su pequeña nariz y cabellos morados, parecía una bruja cuando mis ánimos se desprendían cayendo en la frustración.

Los árboles que empezaron a rodearnos estaban secos y tan trastocados por el hombre que lloraban por agua y cuando el cielo se fue oscureciendo con una nube gris y las gotas de lluvia empezaron a caer, primero tímidas y luego fuertes como en un diluvio, los árboles no sé cómo, pero empezaron a bailar con la brisa del viento. Un espectáculo hermoso. Cuando el final del camino jamás llegaba, los árboles se apoderaban del suelo, angostando la carretera improvisada, incluso dos o tres veces, desvié hacia otros caminos, pero se convirtió en una prueba de esquivar árboles o estrellarme con ellos. Ya no era un bosque triste, aquel espacio que se adentró oscuro en mi corazón, tenía una vegetación mucho más viva que mi propia alma. El viento, cruel enemigo, azotó fuerte como un huracán. Los troncos de los árboles parecían elásticas gimnastas rusas y se doblaban rechinando para estrellarse con su frondoso cuerpo verde hacia otros árboles. Jamás había estado en un acto tan macabro de la naturaleza. Entré a un túnel de árboles, como si juntaran sus manos en lo alto del cielo para dejarme entrar, el problema era que impredecibles, a veces golpeaban con mucha más fuerza y en otras te mostraban el camino. ¿Camino dónde? Aquí no veía nada. El parabrisas limpiaba y limpiaba la lluvia, mientras el auto ciego tenía que seguir el camino que podía, no el que quería. Mi copiloto dejó de dar instrucciones y estaba solo frente a la fuerza de la naturaleza.

—Tranquilo, ninguno caerá —me dijo ella con persuasión, pero sus palabras fueron acompañadas del caer de un gran árbol a unos metros. Ella gritó y yo, que no gritaba ni en la montaña rusa, aceleré para encontrarme con algo, lo que sea, antes que algunos de estos desagradables árboles me cayera encima como una broma del destino. No quería morir aplastado por un árbol, mi muerte ideal era volando, muy lejos de la tierra.

La cueva de árboles, ramas, viento y lluvia, nos mantuvo cautivos gran parte de las horas que significaba el viaje, dos o tres horas, sin ver nada, solo avanzando entre lo que se podía avanzar. Me arranqué rebeldemente de aquel camino doblando bruscamente hacia la derecha, pero los árboles seguían cayéndonos encima como si nos recibieran, en su lenguaje; cariñosamente. Muchas veces, e imaginariamente, sentía que el auto no tocaba el suelo y eran solo las ramas llevándonos hacia algún lugar que solo ellos sabían. En un contexto así era difícil pensar en otra cosa que en sobrevivir, así que cualquier volátil idea, era sacudida y aplastada por la realidad.

El viento dejó de golpear, pero la lluvia era más fuerte y la tierra se convertía en lodo dejándonos el camino bastante difícil. Cuando los árboles dejaron de sacudirse, había que esquivar las pozas y cuando no eran las pozas algún animalito se atravesaba tan rápido que no se podía reconocer la especie. Era bastante fanático a la naturaleza, incluso fui miembro de Greenpeace, pero no necesitaba esta clase de demostración de la vida o del suicidio de los animales, como prueba de ingreso.

Cuando todo parecía más calmado, logré estabilizar el auto, sentirme tranquilo por no matar ningún animal y respirar. El cabello de Violeta estaba alborotado y su pecho saltaba.

—Tienes que subir eso —apuntó un cerro.

—¿Tú llegaste hasta aquí a pie?

—Sí, bueno... no llovía...

—¿Subiste ese cerro a pie?

—Dije que sí —me cortó.

—¿Cómo pillaste esta dirección?

—Me la dio alguien.

—¿Quién?

—Alguien. ¿Vamos a seguir aquí parados o vamos a avanzar?

Me sentí algo acorralado entre el cerro, el bosque y ahora también la electrizante y avasalladora personalidad de mi copiloto. Apreté los dientes y eché a andar el auto por el cerro. El ruido del motor destruyéndose, las gotas pesadas de lluvia y los repentinos movimientos hacia atrás, ya eran suficiente distracción como para mantener una conversación. Menos mal, porque Violeta estaba de un genio detestable y yo no deseaba hablar sobre mi propio genio que no estaba destellando alegría. Así que callados y en un aura muy negra, llegamos al final del cerro, desde donde podía apreciarse la casona. Estacioné y bajamos.

La casona era grande, con un velo de telarañas y enredaderas que daba miedo. Tenía a veces la forma altiva y estirada de los edificios góticos, pero existían cabañas y cercos alrededor que daban la impresión de un fundo para criar animales y plantar papas o zanahorias. Igual que las pinturas de Guzmán, el lugar que escogió para vivir tenía un escalofriante exterior, pero atrayente al mismo tiempo. Existían muchas ventanas, más de las normales para vivir o curiosear, sin embargo, varias de ellas estaban bloqueadas con cartones o tablas. El material era cemento, pero estaba tan rodeado de plantas caprichosas que se decidieron a crecer justo en las paredes, que era difícil distinguir si esto era la segunda parte del bosque o era una casona descuidada. Podría seguir describiendo la casa con cada detalle, rodeando la impresión de un niño que por primera vez ve un árbol de navidad (o una fiesta de halloween), pero algo llamó más mi atención. No era un elemento atormentador como una guillotina, si no, una camioneta estacionada fuera de la casona, con sus yantas pisando el césped crecido. Era increíble, porque las plantas parecían comerse la camioneta, pero no solo era sorprendente el efecto visual, si no algo real que me golpeaba el pecho; esa camioneta era de mi padre.

Una figura me sorprendió desde el segundo piso. Figura porque no reconocía cuerpo y en su rostro, dos borrones negros que querían ser ojos. Escualida y desnutrida figura que, por la rapidez de la misma presencia, me dejó un hilo de espanto como si me hubiera arrancado una parte del alma. Monstruoso todo lo que sentía. Mi cabeza era un infierno.

Subí los tres escalones que crujieron y llegué a la puerta principal. Mis nudillos tocaron mecánicamente la puerta. Violeta había encendido un cigarrillo y fumaba, entre nerviosa y ansiosa. Encontré el timbre escondido entre ramas, estaba viejo y enmohecido, pero lo toqué fuerte. El ruido que emergió desde el interior, fue el de un gato ronco. Cuando empezaba a tramar ideas para abrir la puerta de forma ilegal, escuché unos pasos desde el interior. Tablas crujiendo. Ideas borrando todo reencuentro antes imaginado. Violeta tiró el cigarrillo al suelo y se incorporó a mi lado. La puerta se abrió.

Luis Alfredo Guzmán, era un viejo entre setenta y ochenta años. Su cabello estaba entre negro y blanco. Su piel, entre muy arrugada y afanosamente terca para no envejecer. Sus ojos, escondidos en un par de gafas, estaban tan muertos que parecían resucitar. La sonrisa que nos regaló al vernos, era involuntariamente macabra y diabólica.

—Visitas —comentó con un tono cansado—. ¿Quiénes son?

—Violeta y Efraín Moris —nos presentó Violeta con simpatía.

—Violeta y Efraín, entren entonces —nos abrió camino—. Supongo que quieren mirar algo de mis obras, ¿no es así?

Comenzó a caminar al interior, cojeaba y se apoyaba de un bastón. Era considerablemente delgado y de estatura media. Nada impresionante, como posiblemente eran la mayoría de los artistas, pero algo en aquella sonrisa continuaba sacudiéndome el espíritu. Violeta lo siguió primero y yo tras ella.

—Cierra la puerta, por favor —me pidió con amabilidad. Cerré la puerta y me encontré otra vez con su sonrisa. Esta vez me asusté y no logré esconder mi espanto. Él solamente rió—. Entiendo Efraín, de verdad, no debe ser sencillo ver mis pinturas y luego encontrarme. No es mi intención asustarte, pero me alagas.

—No, yo...

—No te preocupes —me rodeó con su brazo, bastante amistoso y me guió al interior—. Estoy seguro que al finalizar el día, nos llevaremos muy bien y seremos grandes amigos.

No me causaba confianza, era aquel místico presentimiento rondándome mientras me alejaba de la salida y, al igual que en el túnel de árboles, seguía un camino hacia un lugar que no estaba decidiendo. Podía reconocer un pasillo más largo de lo normal y extremadamente angosto. Alrededor había algunos retratos viejos, los del comienzo me parecieron pinturas de mujeres blancas, bastante más maquilladas de lo normal y con los ojos cerrados. Después comenzó a ser extraño que todos tuvieran los ojos cerrados, estuvieran maquillados y con ropas elegantes. El último era de un bebé de meses, con un traje blanco y recostado con normalidad en su cuna. Por algún motivo, las ideas solo lograron concentrarse en aquel último instante: *memento mori*.

—*Recuerda que eres mortal* —traduje en voz alta la idea de mi cabeza. Los ojos de Guzmán se inyectaron inmediatamente en los míos—. Pensé que la *fotografía post-mortem* había reemplazado a *memento mori*.

—¿*Memento mori*? —preguntó Violeta.

Guzmán no contestó, es más, dejó de guiarme y esperó que respondiera, como si yo fuera el profesor y él un simple alumno de la última fila.

—Retratar a los muertos por medio de la pintura.

—Me huele a renacimiento —sonrió Violeta. Estaba en lo correcto—. Quedaron increíbles... —miró los cuadros con admiración.

Violeta se paseaba por el pasillo de retratos de muerto como si fuera el más normal de los museos, los ojos negros (negrísimos) de Guzmán me observaban con hipnotismo y todavía no descubría ninguna señal de mi padre. Aquellas eran las pistas suficientes para escapar, no estaba equivocado mi instinto, para nada.

—Mi padre —solté cansado, sin quedarme pegado en ningún retrato, incluso me negué a mirarlos. No me llamaban la atención, había visto muchas pinturas y fotografías de muertos cuando era pequeño, quizás fue por ello que cuando descubrí la primera pintura de Guzmán, en vez de espantarme como un niño normal, me obsesioné con su arte.

—Imaginé que dirías eso. Está en la tercera puerta de mi museo privado. La tercera puerta es la última y está en el subterráneo.

—¡Genial! —exclamó Violeta idiotizada por su alrededor y el misticismo del hombre.

Dudé. ¡Oh Dios mío debí escuchar mis presentimientos! El instinto que te grita: CORRE. Apostaría mi alma al diablo, para que me regale el poder de dar marcha atrás y hacer lo que era correcto: escapar para salvarme de un destino peor que la misma muerte.

—Vamos —dije, entre seguro y temeroso.

Creo que fue desde aquel instante, donde empecé a morir...

En aquella casona no parecía correr el tiempo. No había relojes y todo lo que escuchaba era el bastón de Guzmán caminando adelante. La luz parpadeó varias veces y especulé se cortaría, pero no, al parecer aquellas señales terroríficas eran normales.

Una de las paredes tenía una pintura enorme de ojos y te observaba cada uno de ellos de manera diferente. Los ojos son el reflejo del alma y aquellas no eran almas en paz, parecían todas atormentadas.

—¿Qué te parece? —Guzmán observó la pintura conmigo. La trivialidad con que miraba sus propias creaciones era monstruosa. Un artista que no reconocía el trabajo de su propia mano.

—Me gusta.

—Sé que puedes darme algo más que eso

—Después de encontrar a mi padre...

Guzmán suspiró defraudado y con menos energía siguió avanzando. Una imagen me atormentó luego: Violeta rozó con sus dedos la mano vieja y huesuda del pintor. En aquel momento me sorprendió una sensación torpe. Violeta miraba a Guzmán con otra actitud. Ella no estaba admirada o fascinada con el arte del hombre, ella estaba enamorada. No podía reconocer aquella coquetería o travesura, porque no estaba enamorada de mí y ni siquiera de Goliat, pero sí de Luis Alfredo Guzmán. De un instante a otro me consumieron los celos.

La primera puerta que atravesamos nos llevó a una oscuridad amarga. Guzmán se movió entre las sombras como si viera a través de la noche y encendió un candelabro. La primera impresión de ello, fue su rostro cadavérico entre sombras que formaban los huesos y sus ojos negros hundidos. Empeoró al sonreír abiertamente.

—Sígueme —dijo misterioso y continuó avanzando. Entregó un candelabro a Violeta y después otro a mí—. Un pequeño tour... Museo dedicado a la pobreza. Aquí nació una de mis mejores pinturas...

—El niño —me atreví a interrumpirlo.

—¿Conoces la pintura del niño? —me examinó Guzmán—. Lamentablemente la pintura “El Niño en metamorfosis” se perdió hace dieciséis años. Jamás he logrado una pintura tan perfecta. ¿Pintas Efraín?

Me quedé pensando un instante. La pintura del niño se perdió cuando yo tenía nueve años que fue la última vez que la vi. ¿Acaso comprarla había sido un robo? Por más que me esforzaba, no lograba recordar cómo aquella pintura llegó a mis manos o específicamente; a mi hogar.

El pintor me esperaba para que respondiera.

—Para nada.

—¿Dibujas?

—Nada.

—¿Al menos estudias arte?

—Estudio veterinaria, como estudió mi padre, que es la persona que buscamos —le recordé otra vez.

Asintió amigable y nos sacó rápido de la galería. La oscuridad me ayudaba a no quedarme atontado con los cuadros. Además sentía una genuina preocupación por mi padre, dudaba bastante que estuviera mirando cuadros en una galería subterránea, pero necesitaba llegar al final para remontar al inicio.

La segunda galería pasó más oscura que la primera. Mi candelabro se había apagado, Violeta iba muy adelante y el pintor caminaba rápido. Me quedé atrás bastante ciego con el corazón tamborileando fulminante. Estaba seguro que si veía alguno de aquellos cuadros, me iba a suceder como en el museo y tenía también mucho miedo de mi salud mental. Los lugares cerrados me atormentaban y la sensación de estar descendiendo hacia el infierno, me sumergía en una irremediable claustrofobia.

—Acabamos de terminar el Museo Quimera.

La última puerta la abrió con menor rapidez, suponía que era pesada. Le entregó el candelabro a Violeta y de cierta forma ella parecía fascinada con cada movimiento del pintor. Odiaba aquella sensación. No podía creer que un viejo se llevara el amor de ella. Era correcto que no fuera competencia para Goliat, pero ¿para ese anciano?

Guzmán regresó para encender otra vez mi candelabro y nos invitó a pasar, con una sugerencia bastante útil:

—Cuidado, hay escaleras.

Por algún motivo ya conocía esto. Era como visitar un lugar que conoces en tus sueños y después al estar realmente allí, todo resulta atterradoramente familiar. Abrí paso para que Guzmán descendiera primero y Violeta se adelantó siguiéndolo como una sombra. Atrás de los dos, podía resumir la sensación como un agujero sin final. Un muy familiar agujero sin final. El olor a humedad mezclado con un polvillo, me hizo estornudar y toser en más de una ocasión, me picaba la garganta.

—Llegamos, bienvenidos a la tercera puerta. Museo sin nombre.

Sacó unas llaves para abrir la puerta. Eran tres cerraduras, demasiada seguridad para un simple museo de pinturas. Cuando la puerta se abrió, el hedor que desprendió era putrefacto y me cubrí la nariz por reflejo con el antebrazo.

—Deben haber ratas o gatos muertos —dijo el pintor, excusándose. Violeta respondió con una sonrisa cómplice—. Osvaldo —habló a la oscuridad—. Su hijo Efraín vino a visitarme.

En la oscuridad se dibujaba una luz de candelabro que se acercaba. Me percaté que sus movimientos eran rápidos a medida que llegaba a nosotros. Pronto se dibujó el rostro de mi padre, limpio y pasmado, mirándome como si fuera un fantasma. Respondí de la misma forma, sin ser consciente de lo que me rodeaba.

—Te dije que lo dejaras fuera de esto —regañó mi padre al pintor.

—Ha llegado solo —se defendía Guzmán.

—Claro y yo nací ayer... —resopló papá.

—¿Qué significa esto? —pregunté, blanco como la nieve y sudando frío. Me empezaba a sentir muy enfermo.

—¿Por qué no nos presentas, Osvaldo? Encontré apropiado callarme y dejarte aquel gusto a ti.

Papá miró con cizaña a Guzmán y ablandando la mirada colocó sus ojos en mí. Estaba a segundos de expulsar una confesión y, al igual que siempre, su actitud fría me dejaba distante.

—Efraín, lamento haberte mentido durante tantos años. Sabía que lo terco era de familia, pero... —suspiró—. Efraín, Guzmán es tu abuelo.

—No —dije yo, lamentablemente el sí, se derramaba por todas partes, podía ahogarme en un “sí” que hasta Violeta expresaba con su rostro—. Imposible.

—Posible —discrepó el pintor—. Siempre fuiste alguien terco Efraín. Desde pequeño. Cuando era no, era no. Cuando era sí, todo se hacía a tu voluntad. Lamentablemente conservabas de tu madre aquel aspecto tan... tan empático.

—¿Me conoció? —pregunté directamente hacia Guzmán.

—Demasiada charla por hoy —interrumpió papá, cuando el pintor iba a darme una respuesta completa—. Efraín estás cansado y yo estoy brutalmente choqueado.

—Pero puedes quedarte —me ofreció Guzmán con simpatía—. Sé que en el fondo, deseas conocer mis obras. Sé que te gustan.

Papá recriminaba cada palabra con una mirada rodeando el desprecio profundo. Me sumergía en una relación padre e hijo tan oscura que aterraba. En aquellos ojos podía ver el futuro, cuando la relación con mi padre se encamine hacia el odio, la frialdad y el abandono, cuando no quede entre nosotros ni siquiera un apellido.

—Efraín, vamos —papá me tomó del brazo y me guió, porque yo no era más que un muñeco de trapo, hacia la salida. La luz del candelabro me cegaba y sentía que además del desconcierto, estaba entrando en un estado de fiebre alucinante—. No te ves nada bien. ¿Te has inyectado? ¿Te has curado las heridas? ¿En qué estabas pensando?

Desde atrás, escuché como un eco, la voz de Guzmán. Sus palabras dejaron de ser cordiales, sonaban dictatoras y con un leve giro de amenaza que resplandecía como el negro de sus ojos.

—Nadie se mueve de aquí. No voy a dejar que Efraín se vaya, Osvaldo. No voy a dejarlo. Te lo dije, si él llegara a entrar a mi casa, sea cual sea el motivo, no voy a dejar que lo alejes de mí. Otra vez no.

Papá me soltó del brazo, dejándome en la inestabilidad de mi propia presencia. Me apoyé en una pared y me percaté que era una especie de puerta, cuando mis manos la tantearon. Desde aquella especie de inexistencia, escuché las palabras de papá, tan llenas de amargura que con los años se había convertido en un profundo odio.

—Con mi hijo no —fue lo primero que soltó—. ¿Qué vas a hacer Guzmán? ¿Qué vas a hacer para detenerme?

Al final de aquellas palabras y como si fuera la continuación de las mismas, el estruendo ensordecedor de un disparo. Aquel ruido diabólico que deja el mundo levitando por un par de segundos, ya que es tan fuerte y mortífero, que podía despertar a un muerto o hacer hablar a una muda. En mi caso, me sacó del trance o de la fiebre y me llevó directo a la realidad. Era recuperar el sentido de la visión.

Papá estaba tirado a mis pies. La sangre brotaba de su pecho y todavía parecía despierto, cuando movía sus labios intentando decir algo. En un momento arriba y en otro momento abajo, mi cuerpo se desplomó como si mis piernas fueran débiles. Las rodillas chocaron contra el suelo y mis ojos no lograban despegarse de la sangre.

—¿Qué hiciste? Maldita cría —escuchaba rumorear a Guzmán. Miré hacia el lugar de las voces. Sin vida. Era un zombie. Guzmán estrelló una bofetada violenta contra el rostro de Violeta—. ¿Por qué lo hiciste? Te dije que no hicieras nada. Estúpida. Imbécil. Buena para nada— el pintor le quitó bruscamente a Violeta la pistola, mientras la insultaba—. Efraín. Ven aquí. ¡Ven te dicen!

Miré el cuerpo de papá. Sus ojos estaban cerrados, pero su boca seguía en movimiento. Allí dibujaba una sola palabra que se repetía, era un mensaje directo hacia mí, que empezó a retorcerse en los rincones de mi cabeza: “CORRE”.

Y no corrí, porque no soportaba el peso de mis piernas. Me quedé desvanecido en el suelo. El pintor y su pequeña diabólica ayudante, se movieron rápido, sincronizados y profesionales. Guzmán dejó un candelabro en una base en la pared e iluminó uno de los cuadros. Me perdí completamente en los ojos torturados de la pintura. En aquella imagen que también había visto antes de entrar. La figura casi humana y enflaquecida. El rostro sin ser rostro. Los ojos manchones negros. Ahora descubría también en aquellos túneles que imitaban los ojos, un camino a la desesperación y el horror. Me perdí en ellos lo suficiente como para no encontrar la salida. Me desmayé.

Desperté en una cama. El cielo sobre mi cabeza estaba distante. Me imaginé en una iglesia, con los ventanales envueltos en la magia del cloisonné. Cuando era pequeño papá me llevó a una iglesia. Era una de las iglesias más grandes y lindas de la ciudad. Los símbolos y el trabajo, además de los años y terremotos que sobrevivió aquella iglesia, se llevaba mis aplausos. Papá no era exactamente una persona espiritual. Tenía una tía que creía en cierto tipo llamado Joseph Smith. Mamá creía que yo era un ángel, a veces blanco y en otras oscuro. Los padres de mamá tenían todo tipo de santos en la casa, muchas veces no sabía si saludarlos a ellos o directamente a sus imágenes. Las creencias eran enigmáticas, pero me gustaría creer en algo, solo para pedirle ayuda o decirle que me recibiera bien.

El chirrido de la puerta me desconectó de mis pensamientos. El ingreso del extraño estuvo acompañado de un silencio sepulcral. Era un hombre prudente y elegante, pero conservaba un aura mística compleja de descifrar. Parecía no observar el lugar y su mirada no se detenía en nada o en nadie. Mis ojos jamás encontraron los suyos. Sus pisadas no resonaban en el suelo en chirridos, se deslizaba como una figura fantasmal. En apariencia usaba un sombrero de copa y estaba impecablemente vestido con un abrigo negro. Imperceptible se sentó a los pies de la cama, abrió un maletín negro de cuero y revisó extrañas herramientas médicas. Sacó una especie de cilindro, que en forma, era

similar a una trompeta. Nos miramos brevemente, pero me recorrió un escalofrío. Entendí después de crujir mi cabeza en busca de respuestas, que era un estetoscopio prehistórico. Me examinó, el médico asintió conforme, guardó sus herramientas para emprender la marcha.

Violeta ingresó cargando una bandeja con alimentos: eran unas frituras. Se me revolvió el estómago. No sé si era verla a ella o a las frituras. Suponía que ambas. Las dejó en un velador al lado de la cama y sonrió.

—Tienes que comer.

Dejó la bandeja a un lado y se retiró rápido, sin mirarme a los ojos y sin reflejar absolutamente ningún sentimiento o emoción.

El doctor también me iba a abandonar, ya estaba caminando a la salida cuando logré sostener su brazo y aferrarme a él fuertemente. No podía hablar y la impotencia me provocaba deseos de llorar.

—Sigue vivo —me dijo, como en secreto. Su voz era muy tranquila y correcta. Se retiró.

Odiaba el silencio. Tampoco me gustaban los gritos. En realidad no era consciente que odiaba tanto el silencio hasta que papá dejó de hablarme. Antes siempre conversábamos. Yo era un testarudo y él era... simplemente era un padre preocupado. Por algún motivo, papá sabía que yo tendría problemas mentales. Antes de mi obsesión con una pintura de Guzmán, empezó mi fobia con los subterráneos. Temía aquella sensación de inquietud que te produce bajar hacia lo desconocido. Cuando tenía siete u ocho años, mi fobia era tan insoportable, que papá tuvo que llevarme a una terapia hipnótica. La hipnosis al parecer bloqueó mi terror y después solo me daba una punzada en el estómago. Además estaba la descendencia de una madre con problemas mentales y unos abuelos que creían ver apariciones de santos. Por toda esa locura rodeándome, papá se preocupaba por mí. Lo defraudé y le dio un infarto. Volví a defraudarlo y le daban un disparo. Había nacido para matarlo. Si lograba salvarse. Si sobrevivía... Me iría lejos. Muy lejos. Dejaría que su vida continuara sin la mía. Era lo mejor para los dos.

Mi estómago no soportaba más tiempo vacío. Las frituras eran una broma de mal gusto. Necesitaba escapar y después pedir ayuda para papá. Suponía encontrarme en el primer piso y lo que recordaba, era que tenía que llegar a la galería *memento mori*, para luego encontrar la puerta de salida. Allí estaba el auto o la camioneta de papá.

Bajé de la cama. Conservaba las zapatillas, pero el chaleco no. Estaba helado y me congelaba. La pieza no tenía ventanas por ningún lado y me daba terror seguir abajo, encerrado tras la tercera puerta.

Abrí la puerta y descubrí luz natural del día y una alfombra roja en el suelo. Olía a limpio todo, como si hace poco echaron alguno de esos líquidos para trapear el suelo. Al final del pasillo un espejo de cuerpo entero. Al otro lado un gato blanco con dos manchones negros como antifaces, se lavaba las manos y la cara. Caminé hacia el gato y maulló, no fuerte, solo como una queja amistosa, en forma de pregunta. Retrocedí un paso. El gato me miraba, me escrutaba como si estuviera analizándome y después de unos segundos, sigiloso caminó hacia mí. Se paseó entre mis piernas con su cola igual que una antena para sintonizar. Ronroneaba cariñoso. Caminó adelante y me miraba, creía que los perros eran inteligentes, pero los gatos además de medios brujos, sentían la presencia de una persona. La mía debía gritar “quiero escapar”, porque me empezó a guiar hacia la salida. Esperaba.

Al comienzo del pasillo me miró el doctor. Tenía su pequeño bolsón de cuero y usaba unas gafas grandes. Se sacó el sombrero e hizo una señal de despedida, completamente mudo. Aquel era un hombre extraño. Caminé más rápido hacia él y volví a sostener su brazo, intentando de forma penosa, juntar letras para soltar alguna palabra. En mis ojos debía reflejarse la desesperación.

El hombre me miró con el ceño fruncido. Escuché una puerta cerrarse tras de mí y luego la voz del pintor, a mis espaldas. Cerré los ojos y maldije mi mala suerte. Si tan solo hubiera confiado más en el gato. No me giré, continué en aquella posición mientras Guzmán se acercaba.

—Lamento no haberlos presentado. Efraín, él es Valerio Rodríguez; amigo personal de la familia. Estaba atendiendo a tu padre cuando desafortunadamente te desmayaste. Valerio, dime, ¿cómo sigue mi hijo? ¿Sobrevivirá?

—Siempre lo ha hecho —contestó el doctor. Su voz era entre rasposa enferma y clara como señorial—. Me preocuparía más por el joven aquí presente.

—Al joven déjame a mí.

—Eso es lo que me preocupa, exactamente.

Me parecía de pronto que el doctor no era mi enemigo. No tenía una relación especialmente limpia con el pintor. No tenía idea en qué se basaba su tétrica amistad, pero

nada bueno debía contar aquella historia. Me dio cierto temor estar entre aquellos dos entes tan parecidos y distantes, al mismo tiempo.

—¡Oh Valerio! —exclamó Guzmán. Miré al doctor, tenía una actitud a la defensiva. El pintor ya estaba a mi lado, codo con codo. Me sorprendió para entregarme el chaleco—. Creo que lo necesitas.

Abrí más los ojos al ser testigo, otra vez, de su sonrisa.

—Te has quedado mudo. Lo que me faltaba.

—Catatónico —acotó el doctor.

—¿Se le pasará?

—Algún día, quizás —soltó de golpe. ¿Me iba a quedar sin habla para siempre?—. No le ayudará quedarse aquí, se lo aseguro.

Guzmán soltó unas carcajadas.

—Pero dínos Valerio, ¿qué sucederá con Osvaldo si el chico, por alguna estupidez de la adolescencia, escapara?

Valerio apretó los dientes y me miró fijamente. Arqueó una ceja.

—Morirá, ciertamente, como que hoy lloverá.

Tragué saliva. Valerio tampoco era mi amigo. Para nada.

—Gracias Valerio. Eres de mucha ayuda.

—De nada... —soltó con desprecio y se retiró.

Guzmán me abrazó por sorpresa. Me sobrecogió un miedo enorme. El estómago parecía que lo estuvieran estrujando. Mi garganta albergaba algo como un veneno que no podía tragarse. Mi mente no estaba pensando coherentemente, verbos divagaban como “correr, escapar, esquivar, saltar, llorar, gritar...” Mis pies flotaban. Mis brazos eran dos hilos cayendo sin sentido del tronco. El miedo era incluso más grande que el hambre.

—¿Querías escapar Efraín? ¿Eh...? Dejémoslo en que querías dar un paseo. ¿Bien? Pues solo debes decirlo. Ponte el chaleco, vamos a dar el paseo que tanto quieres —me guiñó un ojo—. Necesitaba salir de todas formas. Tengo algunas cosas que hacer.

Guzmán me entregó las llaves de la camioneta de papá. Me senté frente al manubrio, mientras él guardaba algunas cosas en el portamaletas. Después se sentó a mi lado y me examinó por unos segundos.

—Conduce —me ordenó—. Al bosque. Es bueno que conozcas el bosque, si tu padre muere... tendrás que ir a enterrarlo.

Los temblores comenzaron a l mismo tiempo que debía coordinar mis movimientos con los pensamientos escarbando y comiéndome el cerebro. Los recuerdos en un tono sepia sobre mi padre y mi madre. La idea que en casi un mes podría perderlos a ambos, como si me sacaran un brazo completo, sin anestesia ni nada, amputado. Mi pecho era alimentado con una bola de fuego ardiente, que jugaba al interior como si un gato la persiguiera. Me siguió una punzada en el estómago. No coordinaba nada. Coloqué el auto en primera sin haber encendido el motor. Cerré y abrí las ventanas en vez de acelerar. Doblé a la derecha en vez de a la izquierda. Frené más de ocho veces. La última vez que frené empecé a llorar.

—Efraín, aquella sensibilidad la heredaste de tu madre. Ella siempre lloraba por todo. Me alegra que tu padre la haya dejado.

Mis manos se empuñaron en el manubrio. Respiré para tranquilizarme y lo miré directo a los ojos.

—¿Quieres decirme algo?

Casi estrujando el manubrio volví mi mirada al frente.

—Me gusta como conduces. Tienes ese toque algo esquizofrénico...

Una nube oscura perseguía la camioneta. El doctor tenía razón, iba a llover. Las gotas empezaron a caer justo cuando entraba al bosque. Era escandaloso el frío que se comía la camioneta como una horrenda costra. Empecé a acelerar igual que si me poseyera un demonio. Los árboles pasaban como sombras a mí alrededor. Tenía la mente pegada en el camino, podía haber asesinado a una docena de criaturas del bosque con sus familias, pero no me importaba en lo absoluto. Los árboles después de un tiempo parecían ser mantas que podía atravesar.

—Aquí —dijo el pintor tranquilo. Escuché su voz y frené violentamente. No usaba cinturón y me golpeé tan fuerte que quedé aturdido por unos minutos. Cuando reaccioné el viejo pintor, con su cuerpo delgado y fuerza escasa, estaba cavando en el suelo humedecido. Tenía un impermeable amarillo y botas. Me ofreció una pala cuando bajé.

Empezamos a cavar en silencio. Yo no tenía la menor idea porque estaba cavando, pero sabía una cosa: me había ofrecido un arma. Podía fácilmente golpearlo con la pala, dejarlo inconsciente en el bosque, conducir frenéticamente la camioneta y salvar a papá. Era un plan sencillo, pero solo en mi cabeza. En el tiempo real cada movimiento era un peligro y yo no estaba exactamente bien de salud.

—Sé que estás pensando, Efraín —dijo el pintor con una sonrisa diabólica—. Podría ser un buen plan. Podría yo haber cometido un error.

Sus dudas me golpeaban más dudas. Era como encontrarme al final de una cadena de muchas preguntas y justo la primera pregunta, fuera la respuesta a la última.

Guzmán caminó hacia la camioneta y sacó una bolsa negra de plástico. Era pesada y requería su esfuerzo. La cargó como si fuera un siniestro viejo pascuero y la dejó en el suelo. Incluso con la humedad, la tierra mojada y tantas yerbas alrededor, llegó a mis narices el olor fétido de la muerte. En aquella bolsa cargaba la muerte.

—Alejandro Torres Arancibia, 29 años, estudiante de humanidades —arrojó el contenido de la bolsa al suelo. Eran partes de cuerpo. Logré distinguir una mano con sus cinco dedos y una cabeza, o parte de ella: ojos abiertos y una boca desencajada de la mandíbula, abierta, gritando, con un vacío que me llegó hasta el estómago. Caí de rodillas y vomité—. ¿Ya no lo recuerdas, cierto? —se acercó y me levantó el rostro—. ¿No recuerdas al primer muerto que viste? ¿No recuerdas su nombre? ¿No recuerdas su rostro? —vi mi rostro aterrado reflejado en sus ojos negros—. Tu mente trabaja extraña... Muy extraña. Vamos. Tienes que ayudarme a enterrar al joven Torres. Por cierto, el joven Torres y tú tienen algo en común: ambos fueron tentados por Violeta. Una jovencita interesante, aunque bastante estúpida.

Solo podía reconocer que mis siguientes movimientos fueron la consecuencia de un frenesí que me recorrió. La ira me golpeó el cerebro. Salté sobre Guzmán y le golpeé la cabeza contra el suelo. Dos golpes bestiales y quedó inconsciente. Con las manos temblando como enfermo de Parkinson me dirigí a la camioneta. Me quedé congelado en la nada unos segundos mirando el cadáver. Los restos del cuerpo. La fragilidad del ser humano. La inestabilidad de la mente y de la carne. “ARRANCA” —me gritó una voz en la cabeza.

Pisé a fondo el acelerador. El bosque, la lluvia y el viento, además de las serpientes contorneándose por mi cabeza, me hicieron explotar en un grito cargado de ira. Mi voz. Era mi voz regresando a mi garganta. Quizás la libertad abriendo mis poros. La coherencia regresando a su normal cause. No me quedaba demasiada gasolina, pero el auto tenía el estanque lleno. Coloqué veinte mil pesos la última vez que nos detuvimos. Tenía que regresar por el auto. Tenía que volver antes que mataran a papá.

Mi cuerpo estaba flojo y mojado. Sentía que mi corazón me golpeaba el pecho y me dolía todo el cuerpo. Sangraba, tenía alguna fractura en la mano y posiblemente estaba con el azúcar alto. Siempre había sido consciente del dicho “al mal paso darle prisa” y jamás había pegado tanto como en la situación que me encontraba. Estaba en libertad y había regresado a la prisión.

Bajé de la camioneta y corrí rodeando la casona. No sabía exactamente donde estaba papá, pero debía ser en una de aquellas habitaciones con tablas en las ventanas. Empecé a curiosear entre todas. En la quinta descubrí a Violeta, estaba bailando y por incoherente que se me pueda tomar, estaba seguro que su baile era una danza, parecía una pequeña bruja tramando algún maleficio. No me extrañaría. Ella le disparó a mi padre y después de eso, cocinaba frituras y bailaba un poco. Una perra.

Una de las últimas ventanas, era la correcta. Había una cama y sobre ésta, una persona inconsciente. Sabía que tenía que haber una puerta trasera. Era una casona demasiado enorme como para tener solo una puerta.

Crucé por encima de una puerta de madera en el suelo. La puerta tenía un candado enorme y al atravesarla, escuché dos miedosos golpes. Me dio un susto de muerte. Aparecieron tímidamente dos dedos largos entre la madera, por el largo de las uñas y lo delicado de la piel: era una mujer joven. Me quedé pasmado mirando la puerta en el suelo, debía dar al subterráneo. Recordé que al cruzar hacia el museo sin nombre y apoyarme en la pared, tanteé todas las señales de una puerta. Tras las pinturas había puertas. Tras las puertas: personas. Personas como Alejandro Torres Arancibia. Los dedos se agitaban y me acerqué a gatas, asustado y con el corazón casi en taquicardia, hacia las rendijas de la puerta. Me recosté en el suelo y escruté. Los ojos verde oliva de una mujer me observaban en el silencio religioso de su captura. Ella tenía miedo de mí y yo de ella. Cuando sus labios iban a despegarse para decirme algo, se estremeció por un ruido, un

sonido que solo ella escuchó en su infierno. Yo tenía mi propio infierno: *un problema a la vez*, pensé, distanciándome de la caridad, para enfocarme en mi objetivo.

Encontré la puerta trasera, con mucha suerte estaba abierta. Ingresé intentando callar la sonoridad de mi cuerpo: mi estómago quejándose, mis huesos oxidados, mi respiración agitada, mi corazón palpitando acelerado, mis dientes castañeando por el frío y los deseos horribles de toser o estornudar.

La puerta me llevó hacia la cocina. Era grande, pero estaba sucia y conservaba aquel aire antiguo de la casona. Una gran cocina, un enorme horno antiguo de greda, un lavaplatos viejo que posiblemente tuviera sus trancas antes de funcionar. Sorpresivamente y casi llevándose mi vida, el gato saltó sobre la mesa de la cocina y empezó a maullar. Mientras más intentaba callarlo, él se estrellaba contra mi mano buscando cariño y ronroneaba.

Salí rápido de la cocina, pero el gato me siguió, como si buscara vigilarme. Caminé esquivándolo para no pisarlo, pero se me cruzaba entre las piernas. Llegué hasta la habitación correcta y abrí la puerta. Me inquietó que la primera figura que apareció era el doctor. No era mi amigo, pero tampoco mi enemigo. No quería ayudarme, pero tampoco parecía interferir en ello. Tampoco sabía el porqué había regresado.

—Despertará —me dijo en secreto y apoyó una mano en mi hombro—. No comentes de mi retorno a Guzmán —asentí, no parecía amenaza, pero su voz nunca era amistosa.

Pasó por mi lado y continuó su camino. Necesitaba detenerlo con algo. Necesitaba que me explicara algunas cosas. Era la única persona con aquel poder en aquella casona.

—Dudas —solté mi primera palabra. Me sentía algo idiota.

El doctor volteó y regresó algunos pasos. Me indicó que guardara silencio y entramos a la habitación con mi padre. Él cerró la puerta.

—La juventud y sus dudas —resopló y se sentó a los pies de la cama—. Su padre, joven, era una persona muy curiosa también. Cuando éramos más jóvenes, él necesitaba siempre una respuesta. Sus dudas más frecuentes tenían relación con su propio pasado.

—¿Jóvenes? ¿Eran? —escarbé más profundo en mi mente, para sacar de allí algo de inteligencia—. ¿Lo conocía?

—Lo conozco —corrigió.

—Son amigos —razoné para mis adentros.

—Fuimos grande compañeros y nos guardamos mutuamente algunos secretos, sobre todo familiares. Siempre intentó protegerle señorito, le separó de su vida para que no creciera en usted e l veneno, e l virus, la plaga, que ha germinado en su árbol genealógico, desde la raíz hacia los frutos, están podridos.

Las palabras del doctor me inyectaron mucho miedo. Miré el cuerpo inconsciente de papá y tomé su mano. Sus ojos se movieron, como si buscara la forma de abrirlos. Su mano intentó también tomar la mía. Su cuerpo intentaba con todas las fuerzas despertar.

—¿Tiene idea de qué le estaba protegiendo, señorito? ¿Del por qué se cambió el apellido a Moris? ¿Sabes cuál es el común denominador de la descendencia de su padre? ¿De la sangre que corre por sus venas?

Miré otra vez el cuerpo de papá. Su mano ya aferrada a la mía. Sus párpados se levantaban y caían, pesados, sin vida. Lo intentaba una y otra vez, con mayor sacrificio y empeño. Al final sus párpados quedaron arriba. Tenía los ojos abiertos de par en par, pero no miraba a nada o a nadie.

Me enfrenté a la mirada oscura de Valerio y respondí:

—Locura —mi voz parecía cobrar fuerza. Estaba soltando una certeza. Aquella era la única respuesta posible.

—No —discrepó él, para mi sorpresa. Tenía una sonrisa aún más terrorífica que la que caracterizaba a Guzmán. Su rostro con sombras macabras, sus dientes algo amarillos, sus ojeras parecían comerse los ojos—. No es locura lo que ata. No son locos los que se encuentran en el árbol genealógico de los Guzmán y también Moris —miró a papá, lo que quería decir, que estaba sumándolo a su confesión—. Son...

La mano de papá se aferró a mi brazo. Me lo apretó tan fuerte que me producía daño. Sus uñas se enterraban en mi carne.

—Son asesinos—terminó de decir Valerio, casi susurrándomelo en el oído o siseándomelo, como una serpiente venenosa.

Las pocas cosas que podía pensar se obstruyeron por un instante. Dejé de respirar por unos segundos, porque todo, absolutamente todo, se había subido a mi pobre cabeza descolocada. La mano de mi papá seguía aferrada a mi brazo y las palabras de Valerio golpeándome la cabeza: “asesinos, asesinos, asesinos...”. Toda una línea ensangrentada.

—Corre —fueron las primeras palabras de mi padre, que se las llevó con el disparo y las trajo al despertar. ¿Correr dónde? ¿Correr lejos de mi sangre? ¿Correr lejos de mi descendencia? ¿Cambiarle el apellido y fingir que pertenecía a una familia normal? —. Corre de aquí — tosió y miró a Valerio con desesperación—. Sácalo de aquí. Te lo pido.

Valerio macabramente tomó su maletín y le dio la espalda. Ni siquiera fue capaz de despedirse de él o de brindarle ayuda. Nada. Valerio había regresado a su silencio y movimientos mecánicos. Presentía que no era la última vez que vería su rostro, cuando se despidió con una mirada profunda y una reverencia señorial.

Papá, mareado y choqueado, se había logrado sentar en la cama y desconectarse el suero. Me miró con miedo y me tomó fuerte del brazo, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Tenemos que salir de aquí.

Asentí rápidamente y despabilando me percaté que no había tiempo para grandes sermones, confesiones o momentos emotivos. Solo había tiempo para correr por nuestras vidas.

Ayudé a papá rodeándolo con mi brazo y con las pocas fuerzas que me quedaban, lo llevé a la salida. Él lloraba para no gritar por el dolor. Tenía la camiseta manchada en sangre y sus lentes estaban quebrados. Se me revolvió el estómago al entrar en el pasillo y vomité. Papá se apoyó en la pared para no caer y me miraba con nostalgia.

La música que salía de la pieza donde estaba Violeta se apagó. El silencio sin melodías, me dieron el pie para correr. Papá quejumbroso y yo, nos adentramos en una lucha por sostener al otro de no caer. Íbamos lentos, pero con el corazón rápido. Teníamos miedo de todos los cuadros, de todos los ruidos y de cualquier error por estúpido que sea.

—EFRAÍN —escuché el grito bestial de Violeta a mis espaldas. Me detuve y papá también. Suspiré con los ojos cerrados. Dejé a papá apoyado en una pared y me giré hacia la chica de cabellos morados, que una vez creí poder amar—. ¿Dónde crees que vas?

Empuñé las manos y caminé hacia ella. Violeta no se quedó atrás, avanzaba hacia mí con los ojos inyectados en veneno. Merecía morir, pero yo no merecía convertirme en un asesino.

—¡No...! —temió papá, al notar mis intenciones. Escuché la preocupación en una simple palabra.

Cuando Violeta y yo estábamos frente a frente, ella me arañó la cara y yo estrellé su cabeza contra la pared. Sujeté con ambas manos su frágil y alargado cuello. Pataleaba y me arañaba el rostro. Yo sangraba, pero el dolor en aquellos minutos había desaparecido por completo. Era como una carne sin ninguna sensibilidad. Los cabellos morados despeinados de ella me recordaron la primera vez que la vi en el bar, ella hablaba de Guzmán convenientemente cuando yo pasaba tras su asiento, ella estaba afuera del bar cuando yo también salí, ella apareció también cuando me recosté en el césped de la Universidad, ella estaba en todos lados para hablarme de Guzmán, para mostrarme las pinturas, para decirme su dirección, para nublarne la cabeza y para traerme a mi propia muerte. Alejandro Torres Arancibia, murió por ella, otro pobre personaje que creyó en la inocencia de sus palabras y que sus restos ahora ni siquiera estaban enterrados en el bosque. Nadie encontraría aquel cuerpo. Su familia no podría reconocerlo. ¡Pobre alma atormentada! Todos aquellos pensamientos, provocaban que mi presión en el cuello de Violeta fuera más fuerte y mortífera.

En un segundo yo tenía el cuello de ella, y al otro alguien me estaba asfixiando a mí. La presión que tuvieron en mi cuello era cien veces más fuerte que las que mis propias manos podrían ofrecer. Solté a Violeta y me eché hacia atrás, intentando golpear a la mole que me tenía sostenido. Pocas cosas eran reales a mí alrededor cuando no tenía aire. Me sostuve del mismo brazo que me tenía presionando el cuello y por la desesperación debí arrancarle un trozo de piel completo. La fuerza empezó débilmente a darme espacio para respirar, hasta soltarme por sorpresa. Caí inmediatamente de rodillas atragantado con la tos y escupiendo al suelo. Sentí como el oxígeno pasaba por mi boca, cada vez que desesperado quería acapararlo todo.

Mi padre estaba en el suelo. Había sido pateado por Violeta y se retorció de dolor. Violeta estaba regañando al que me había dejado vivir; era Goliat. Cuando Violeta regresó para patear a papá en el suelo, Goliat la sostuvo de la cintura separándola del suelo y la cargó lejos, interponiéndose como un muro.

—No vas a matarlo. Deja que se vayan. ¡Basta ya! —le decía Goliat enojado—. No me hagas llevarte a casa por las malas.

—¡Te mataría antes que me regreses con esa vieja!

—¡No llames así a mamá! ¡Cállate! —le abofeteó el rostro y ella se quejó de dolor—. Te vienes conmigo.

Eran hermanos e increíblemente Goliat era el más cuerdo de los dos. Incluso era el que tenía razón. Después de todos mis errores, éste era el que menos me preocupaba. Aproveché la discusión para ayudar a papá a colocarse de pie y evitar que su herida siguiera sangrando.

—Tú no vas a ningún lado —me apuntaba Violeta—. ¿Qué hiciste con Guzmán? ¿Qué le hiciste? —me gritaba y sus ojos lagrimeaban. De furiosa pasó a convertirse en una víctima. Una magdalena que lloraba como si Guzmán fuera una especie de santo—. Lo amo, lo adoro —volvió a estar furiosa, con los dientes apretados, con los ojos chispeantes—. ¡Te voy a descuartizar si le hiciste algo! —luchaba con su hermano para correr hacia mí.

—Maldita loca —susurré para mí—. Guzmán no te quería. Guzmán creía que eras una estúpida... ¿y qué crees? Estoy de acuerdo. Puta loca estúpida.

—¡No le hables así! —se volteó Goliat para amenazarme—. Tiene problemas... psicológicos, pero se pondrá bien, solo necesita...

—Un puto manicomio...

Goliat me tomó repentinamente del chaleco y me levantó algunos centímetros del suelo. Me dio un cabezazo hasta dejarme sangrando y tan mareado que cuando me soltó, me caí como un muñeco de trapo.

—¡Mátalo! —le hacía barra Violeta, como una romana en el coliseo—. ¡Mátalo ya!

—¡No Violeta! ¡No voy a matar a nadie! ¡Cállate! —Goliat me miró y pensé que me golpearía otra vez, pero me ofreció su mano para ayudarme a colocarme de pie—. No trates así a mi hermana.

—Le disparó a mi padre —le expliqué.

—Entiendo. Váyanse ya. Yo me ocupo de ella.

Papá preocupado me escrutaba. Asentí hacia Goliat agradecido y ayudé a papá rodeándolo con un brazo. Me sequé la sangre de mi cabeza. Papá con grandes ojos no tenía otra reacción que observarme.

—Nadie va a ningún lado y nadie se ocupa de nadie, más que yo —la voz que resonó en todo el pasillo, era indudablemente la de Guzmán, más viva que antes.

—Intenté hacer algo. Quise detenerlos, mi amor —se excusaba Violeta, con aquella repugnante actitud humilde.

—Cállate de una puta vez...

—¿Mi amor? —preguntó ella, reverencial como siempre.

Miré hacia Guzmán. Estaba blanco y con sangre seca en la ropa. Parecía su piel seca como el desierto e increíblemente diez años más viejo. Cansado como si hubiera caminado diez kilómetros con cien kilos en la espalda. Tenía ojeras con matices negros. Estaba profundamente enojado y cargaba una pistola que apuntó directamente hacia Violeta. El primer estruendo fue calamitoso, el segundo y tercero, nos sumieron al resto en una acongojante masacre. Me cubrí los oídos y apreté los ojos. Si había decidido matar a su ayudante de aquella forma, no tendría piedad con el ser humano que lo golpeó hasta casi matarlo en el bosque. Al parecer recién había empezado a comportarse como un asesino sanguinario.

Pasé dos días encerrado en una especie de calabozo tras la tercera puerta. Creía que eran dos días, porque en realidad entre la oscuridad y soledad, no sabía nada. Se me hacía llegar la dosis de insulina y también bebida y comida. Me cansé de gritar cuando empecé a quedarme sin voz. Estaba enfermándome con la humedad y la idea de no saber si papá estaba bien o igual que yo, me enloquecía. Mis heridas que fueron amontonándose en mi cuerpo, se infectaron y todas estaban asquerosas, algunas ya olían mal. Mi cuerpo se estaba pudriendo, y no de una forma simbólica, si no por fuera; literalmente.

Las primeras veces que escuché la voz, pensé que era una alucinación. La segunda vez creía que era mi cabeza, que extrañamente mis pensamientos eran con un tono femenino. La tercera vez recién descubrí que era real. Era una voz que salía por las alcantarillas y llegaba a mi calabozo de forma limpia. Era mi única compañía entre la oscuridad.

—Soy Daniela, ¿cuál es tu nombre?

—Efraín —contesté. Me senté en el suelo con cuidado de no tocar nada. Prefería no entrar en detalle de aquello que llamaba “algo” y que creo haber tanteado una vez en el cuartucho—. ¿Has hablado con alguien más? Se supone que mi padre debería estar en uno.

—No, lo siento —dijo con el tono apagado—. ¿Eres zapatillas converse? Creo que vi tus pies el otro día... la puerta del suelo...

—¿Dedos? —la llamé y, aunque la situación no nos favorecía para una charla casual de amistad, ella pareció reír. Quizás era a la única mujer que había entretenido en mi vida—. Lamento no haber regresado.

No escuché más su voz. Pensé que algo le había ocurrido o simplemente no quería hablarme. Típico, hasta secuestrado y con solo una mujer que pudiera hablar conmigo, yo me quedaba solo.

—¿No has escuchado a Viviana? —preguntó de pronto. Pensé que estaba recitando algo, pero no continuó.

—¿Quién es Viviana?

—Viviana es mi amiga. Venía conmigo y una perra llamada Violeta; nos traicionó.

—Violeta está muerta. Guzmán le disparó.

—¿Y Viviana?

—Lo siento, no conocí a Viviana.

—Sé que no la conociste, pero debería estar allí contigo. Guzmán la entró a tu cuarto. No la he escuchado hace días.

Se me revolvió el estómago. Estaba con otra persona en el calabozo. Alguien que podía ser aquel “algo” que toqué el otro día. Alguien que podía estar muerto o agonizando. Aquello podría explicar el olor putrefacto que me revolvió el estómago, pero al que cruelmente me estaba acostumbrando. Incluso a la oscuridad me adaptaba, como un viejo topo siguiendo los caminos.

—Si quieres te puedo ayudar en algo, Efraín.

—¿En qué? —pregunté medio monótono.

—Puedo decirte si es día o es noche.

—La puerta —pensé en voz alta. Ella tenía una puerta de madera, era *dedos*—. ¿Y puedes decirme cuánto he pasado aquí?

—Cuatro días —respondió con simpatía—. Es el cuarto día y deben ser las seis de la tarde, el sol pega menos fuerte—. He estado aquí ya toda una semana.

—¿Quién habla? —se sumó otra voz. Era el tono grave de Goliat.

—Hola soy Daniela —se presentó otra vez ella, parecía emocionada con tantas líneas encadenadas.

—Rubén —se presentó él, primera vez que escuchaba su nombre—. Creo que estuve inconsciente un tiempo. No sé. No recuerdo nada... ¿Dónde está Violeta?

—Guzmán le disparó, lo siento.

—¿Huesos? ¿Eres tú? —no sabía que me tenía un sobrenombre—. ¿Crees que ella siga viva?

Posiblemente Goliat recién salía del shock. Guzmán le disparó a Violeta tantas veces que su rostro se desfiguró completamente por la balacera. Goliat furioso arremetió contra el pintor, pero el viejo lo apuntó con la pistola y yo como sabía no lo calmaría una amenaza, intervine estúpidamente ganándome gratuitamente y a favor de nada, los golpes

de Goliat que eran para Guzmán. Ahora no recordaba nada y yo no estaba de ánimos para refregarle hazañas heroicamente estúpidas, como las que parecían rodearme.

—No —contesté cortante—. Lo siento.

—Lo siento —dijo también Daniela.

Nos quedamos en silencio los tres. No creía que Violeta mereciera algún respeto, pero mi quietud fue inspirada por otra cosa. Escuché algo en el cuarto donde estaba. Eran rasguños en el suelo o en la pared. Podían ser ratas, posiblemente estaba el lugar infectado de ratas. Como había dicho me acostumbré a la oscuridad y podía distinguir, o creía poder saber, cuando algo se movía. En aquella ocasión estaba seguro que alguien rasguñaba la pared y se movía. No era una rata o un animal, era humano y creía conocer el nombre:

—¿Viviana eres tú?

La pregunta fue acompañado de un gran silencio. Me acerqué a la figura con terror y cada paso me recordaba que era una mala idea. El sonido de los rasguños se apagó.

—¿Viviana? —pregunté otra vez.

Una mano se aferró a mi tobillo con fuerza.

16

Aquel fue el momento exacto en qué descubrí la muerte. Quizás no era la mía, pero sí la de otra persona. Aquella mano que me sostenía el tobillo era la muerte jalándome, no solo era la sensación de la mano, era el olor, la oscuridad, el vacío en el estómago, el sudor frío, el corazón suplicándome una puerta para correr de mi pecho. Estaba en tal estado de pánico que por unos minutos creí ver: dientes, garras, ojos negros, calaveras, siniestras sombras. Sonidos imposibles de: gritos, llantos, rasguños, susurros en mis oídos. Me sobrecogió un escalofrío que no fue un simple segundo de recorrido, se instaló en mi cuerpo, se apoderó de mis miembros, no me dejaba ni siquiera respirar. El escalofrío me estaba robando la vida.

La luz se encendió de pronto e hizo arder mis ojos. El grito que desprendió mi garganta por el dolor, no tenía nada de normal, era más ronco, se confundió con la tos enferma hasta solo volverse tos. Cuando abrí los ojos, lo primero en encontrarme eran los ojos hundidos, el rostro quemado y la mandíbula desencajada de una mujer. El escalofrío

siguió su recorrido y me estremeció varias veces. Me separé del cuerpo y por el gran susto me caí. Creo, perdí el conocimiento después de eso.

Desperté de la peor manera que se podía despertar; estaba paralizado. No podía mover mis manos o mis pies, y me dolía la cabeza. Reponerme era un proceso: la visión doble, los quejidos de un dolor que no sabes por dónde comienza y finalmente el golpe de la realidad. Estaba en un cuarto rojo (y no por pintura), con una luz tenue media amarillenta, frente a mí podía reconocer la misma imagen siniestra de la mujer con la mandíbula desencajada y rostro quemado, además solo tenía una pierna saludable, la otra era una masa media verde. Era terrible. Era indescriptible la sensación. También podía reconocer un lienzo en blanco para pintar. Lo que más llamó mi atención (y siendo que había muchas cosas que podían llamar mi atención lo considero extraño) eran las pinturas. Había pinturas en todas las paredes, algunas eran las creaciones más crudas y salvajes del mundo, pero otras sin embargo, me envolvieron en una situación que jamás podrá borrarse de mi memoria: la sensación de saber que aunque algo está mal, aún así te gusta. Sabía que eran pinturas de un psicópata y que todas aquellas obras tenían una historia horrible y bestial, pero eran obras maestras, eran perfectas, eran únicas y una parte de mí las admiraba. Aquella parte que bauticé como “el monstruo”. La calidad del trazado, el diseño, el captar el terror, el dolor y la muerte, para convertirlo en arte. Aquello que siempre admiré de Guzmán seguía allí, aquello que me hizo ver sus pinturas cuando era solo un niño, aquel lazo que jamás podré borrar de mi sangre y de mi cabeza, estaba allí en todo momento, esperando paciente, siendo fuerte, comportándose tranquilo y normal. El monstruo se estaba alimentando con cada uno de mis pensamientos.

—La vieja mirada —escuché la voz de Guzmán. Su bastón resonaba en todo el calabozo—. He visto esa mirada antes. La vi en mi padre, la vi en mi hijo y también la vi en ti. Es una mirada que no se olvida y que no se puede esconder. Es nuestra mirada, Efraín.

—No me parezco en nada a ti —apreté los dientes para hablar.

—¡Qué cosa tan predecible! —me habló como un nene de siete años y sonrió abiertamente, no recordaba que su sonrisa atemorizara tanto, pero me poseyó el miedo por unos segundos—. No quiero discrepar contigo, en realidad intento que seamos amigos —se movió hasta el lienzo y empezó a tomar pincel por pincel, para mirarlo de cerca—. Tenemos un lindo árbol genealógico, nuestra familia está repleta de grandes artistas, Efraín. Todos ellos se obsesionaron con cierta particularidad en el arte... Excepto Osvaldo...

—Y yo —interrumpí su monólogo.

—¿Te gustan mis pinturas, Efraín? Dime. Sé honesto.

—No, son asquerosas —mentí, ambos sabíamos que era una gran mentira.

—Querido Efraín, mientras tú pasabas los días obsesionado con mis pinturas y mi nombre, yo estaba investigándote.

—Eso es todavía más asqueroso.

—¿Acaso un abuelo no puede sentirse tentado a saber del futuro de su único nieto?

—Sí, para eso se mandan regalos en navidad y se llama por teléfono —tuve el valor de decir, pero cuando encontró el pincel apropiado y me atravesó el alma con una de sus miradas, me arrepentí.

—Regalos —sonrió simpático y caminó hacia mí. Mi corazón tamborileaba y empecé a respirar más rápido, estaba en pánico—. Curioso que menciones los regalos... Digamos... un regalo podría ser una pintura ¿no? Una pintura mía hacia ti... ¿te resulta conocido?

La conexión fue inmediata.

—El niño en metamorfosis —contesté. Todo estaba preparado desde que era solo un niño. Mi vida iba directo hacia el infierno donde estaba ahora—. Dijiste que la perdiste —le recriminé.

—¿En serio? ¿Ahora te das cuenta que yo... miento? Creo que también es de familia. Osvaldo te mintió y ahora tú me estás mintiendo.

—No estoy mintiendo.

—Sé que dibujas Efraín, he visto tus dibujos. Te apasiona el arte, te encanta, puedes ver mucho más allá, incluso en mis propias creaciones, incluso puedes sentirlas, puedes ver en ellas el dolor y el pánico. ¡Es magnífico! —gritó con sus manos en el apoyabrazos de mi silla y con su cara tan cerca de la mía, que al gritar me escupió el rostro —.Ojalá yo pudiera reflejar tu mirada en mis pinturas. Pero no puedo. No puedo —resoplaba cansado—. Sin embargo, privarte de aquel talento natural y hermoso, es como... amputarte las manos. Eso quiso hacer Osvaldo, Efraín. Él quería amputarte las manos, su maldito egoísmo...

—Quería salvarme.

—¿Salvarte de qué? Esto no es una maldición. Esto es grandioso y lo vas a disfrutar cada segundo —colocó el pincel entre mis dedos—. Te vas a convertir en un pintor y Viviana será tu primera creación. Ella está tan entusiasmada por esto —se burló, con carcajadas estridentes y rociadas con una fina locura.

—No lo haré —hablé fuerte, apagando su risa.

—¡Una pena! —exclamó, mirándome con lástima—. Negarte a tu propio talento, Efraín... es como pedirme que te ampute las manos...

Suspiré entrecortado, la mirada que me entregó era tan clara y terrorífica: me estaba amenazando.

Tal vez muchas cosas de las que hice en aquel cuarto rojo, fueron justificadas después por sus amenazas y por la locura de Guzmán, pero en realidad el monstruo conocía la respuesta a mis movimientos, al brillo en mis ojos y a las creaciones perfectas que traspasé al lienzo: me gustaba pintar el dolor de la muerte. Muchas de las personas que pinté, exhalaban su último suspiro y morían. Pronto aquel cuarto rojo empezó a acumular de mis pinturas, las primeras dos las llamé monstruosidades de Guzmán y seguía diciendo que eran de él, no mías. Aquello tenía sentido porque él las torturaba, él las colocaba en posición, él escogía la composición. Aquello se acabó cuando dejé escapar un pequeño y mísero comentario:

—Debería tener el brazo arriba...

La sonrisa de Guzmán se apoderó del total de su rostro y desde allí en adelante me dejó escoger ciertos detalles. Siempre sugería cosas macabras, porque deseaba que yo hiciera daño a aquellas personas, pero no podía. No podía hacerlo. El monstruo me estaba desgarrando por dentro, pero no deseaba convertirme en un Guzmán, prefería seguir siendo un Moris.

—¿En serio crees que Osvaldo es un santo? —me preguntó un día—. ¿Crees que no ha dañado a nadie?

Aquellas preguntas me devolvieron el alma al cuerpo, porque ahora podía pensar en algo más que pinturas, personas masacradas y la muerte. Podía pensar en resolver algo y me hacía sentir mucho mejor.

Valerio me contó algunas cosas la última vez que lo vi.

—Él me dijo que mi familia tenía asesinos. Todos eran asesinos —razonaba en voz alta, en el cuarto oscuro, solo para no perder la cordura—. Entonces... ¿mi papá asesinó a alguien?

También se sumó un detalle que dejé escapar una vez. Guzmán mencionó que había visto mi mirada antes: “La vieja mirada”, dijo, “La vi en mi padre, la vi en mi hijo y también la vi en ti”. ¿Cuándo la vio? ¿Por qué me regaló aquel cuadro? Tantas preguntas que se convertían en un tumor en mi cabeza. Sabía que a Guzmán no podía sacarle mucho, además la mayor parte del tiempo que lo veía, estaba demasiado fuera de mí y mucho más concentrado en mantener encadenado al monstruo, que ya no era solo una sensación, ahora era feroz y tenía hambre.

—Él debe tener la respuesta —escuché una voz en el cuarto.

—Hola Daniela —saludé a la chica que conocí antes como “dedos”. Resultaba que siempre podía darme datos agradables del exterior, como si estaba nublado o soleado. A veces si corría viento. Una vez incluso llovió y se mojó el rostro. Me gustaría que no fuera solo una voz, pero con el paso del tiempo, pasó a convertirse en mi conciencia.

—Hola Efraín, buenos días.

—¿Es de día?

—Sí, el sol recién está saliendo —le escuché un suspiro cansado—. Hoy cumplo un mes aquí.

—Feliz aniversario —intenté animarla. Funcionó porque la escuché reír—. ¿Te sientes bien, hoy?

—No realmente, pero me alegra escucharte sin la espantosa tos.

—A mí igual, creo que la extraña poción funcionó.

—¿Quién envía esas cosas?

Me quedé pensando. Era Valerio que las enviaba, claramente.

—Él —dije en voz alta.

—¿El mismo “él” que mencionaste cuando hablabas solo?

—No estoy hablando solo, estoy hablando contigo —mentí—. Pero sí, es el mismo. Su nombre es Valerio, es el doctor. Creo que sabe cosas sobre Guzmán.

—Es decir, sobre tu abuelo —me hizo aterrizar a la realidad. Había hablado otras veces solo, supongo que sacó sus propias conclusiones—. Si ese tal Valerio, tiene la respuesta o sabe algo, deberías hablar con él.

Conocía la forma en que Valerio bajaría hacia los calabozos. Sabía el motivo, pero tenía miedo de hacer algo, me estaba volviendo cobarde y en mi situación, era lo más lógico que podía hacer: volverme un cobarde que grita y suplica por su vida. En vez de eso estaba pensando en hacer algo muy estúpido, lo suficiente como para que Valerio, que no es mi amigo ni mi enemigo, bajara y me examinara. Lo suficiente para que Guzmán se asustara y lo hiciera llamar, recordando que la última vez que lo llamó mi padre recibió un balazo. Además tenía que ser algo que no me dejara inconsciente, porque tenía que hacerle preguntas, debía tomar aquel momento y estirarlo lo más posible. No sé, quizás era estúpido, pero estaba pensando, estaba creando, estaba respirando, estaba sintiendo que

veía a través de unas rendijas, como dedos, así que en aquel momento era mi mejor opción. Con Valerio podría descubrir los secretos de toda mi familia y saber sobre mi padre, que desde hace varios días pensaba muerto.

—Valerio es la clave —dije en voz alta.

—Me preocupa —la escuché razonar a ella.

—¿Te preocupa Valerio?

—No, me preocupa la tercera voz.

—¿Tercera voz?

—Rubén —contestó ella. Era cierto, ya no escuchaba la voz de Rubén. Muchas veces eran dos voces en mi conciencia, la de Dedos y la de Goliat, pero Rubén estaba en un gran silencio últimamente.

Ambos empezamos a llamarlo, pero Rubén no contestó.

La desaparición de Goliat se sumó a todas las incógnitas que ya se agolpaban en el mes que estaba encerrado. Cuando tenía fiebre en lo único que podía pensar era en el tenebroso bosque verde allá afuera. La imagen no era la más tranquila o hermosa, pero significaba la libertad.

El motivo de enfermarme podía ser una simpleza como dejar de inyectarme la insulina, pero la verdad era que Guzmán se tomó la molestia de inyectármela él mismo para evitar problemas. ¿De qué manera podía llamar a Valerio? ¿Cómo invocarlo?

—Hoy tengo planes para ti —entró Guzmán y me sacó de la irrealidad de mi imaginación despierta. Estaba pensando en algo más alegre como en andar en bicicleta por el parque—. Quiero que conozcas a alguien.

Nuestras primeras peleas ahora se resumían en mi silencio y sus monólogos eternos.

—La persona que vas a pintar hoy... tú vas a maquillarla.

¿A qué se refería con maquillarla?

—Ven conmigo.

Salí de la habitación oscura para ingresar a la habitación roja. Siempre era igual, de un calabozo a otro. Cualquier luz más fuerte que aquella tenue me enceguecería. No creía ser capaz de ver la luz del sol, ni siquiera cubierta por las nubes.

Pero fue entonces, cuando pensé que nada me sorprendería, cuando creí que ya había visto toda la maldad de Guzmán, que apareció ante mí una visión que me retorció el corazón. Por algún motivo sabía que era ella... no sé cómo todavía. Estaba sentada en una silla, aterrorizada, llorando, temblando, gritando...

—Dedos —susurré para mí—. ¡Ella no! —encaré a Guzmán.

—¿Se conocen?

—¿Efraín? —preguntó ella y suspiró fuerte.

Me acerqué a ella rápidamente y me coloqué de rodillas. Intenté ayudarla, pero no estaba realmente pensando, solo deseaba dejar de sentirme mal conmigo mismo.

—Daniela no llores. Estarás bien. Estarás bien —repetía, pero ni yo me creía eso.

—Será una hermosa obra de arte— dijo el pintor con certeza.

—No —repetía a regañadientes. Mi porfía de pronto, me dio la respuesta que estaba buscando. Ya sabía cómo hacer que Valerio bajara, solamente que aquella visión de mi futuro, no me gustaba nada. Me dio un escalofrío—. No voy a hacerle o dejar que le haga daño. No voy a pintarla de ninguna manera posible. No lo haré. Eres un imbécil si creías eso por un segundo. ¡Eres solamente un viejo loco! Yo no voy a convertirme en un pintor. Yo no quiero ser como tú. ¡Ni siquiera quiero ser tu nieto! ¡Solo deseo que te mueras de una puta vez!

—¿Qué haces? —preguntaba Daniela asustada. La vi abrir sus grandes ojos verdes.

Yo no estaba mirando a Guzmán, pero podía presentir que mi esfuerzo por enfurecerlo no estaba dando resultados. Necesitaba atacar algo que realmente le doliera.

Daniela estaba en ataque de pánico en aquel momento, así que hice algo totalmente fuera de contexto: la besé. No sé realmente qué me impulsó a hacerlo, supongo que no estaba pensando como un humano normal que ve a una chica en una fiesta. Estaba pensando que quizás era la última vez que la veía o que nuestras cabezas funcionaran todavía con la suficiente fuerza como para dar y recibir un último beso. Al separarnos, ella tenía una sonrisa en los labios y al parecer yo también. Me tomó las manos por unos segundos.

—No. Esto no —escuché las quejas de Guzmán y nos separó con violencia—. ¿Qué significa esto? ¡Es estúpido!

—¿Ser feliz? —le pregunté desafiante y sus ojos parecían arder en llamas. Estaba muy enojado—. ¿Es estúpido por qué? ¿Acaso no eras feliz con tu esposa? —una vena parecía saltarle de la frente. Había dado en el clavo. Había encontrado la herida para meter mis dedos y escarbar—. Claro, ¿quién podría querer a una persona como tú? ¿Quién podría amarte? Ni tus cuadros te aman. Todos ellos no miran a la muerte con odio, ellos te miran a ti con desprecio, porque eres un maldito monstruo y nadie podría amarte jamás...

Fue suficiente, Guzmán levantó el bastón que usaba para estabilizarse al caminar y me golpeó con toda la fuerza que podía. Su odio y enojo lo convertían en alguien de temer. Una bestia arrugada, delgada y aparentemente indefensa, que cuando sacaba sus garras, podía incluso matarte.

—Ella me ama —repetía en cada golpe—. Es muy feliz. Somos muy felices.

Escuché gritos histéricos de Daniela mezclados con mis gritos de dolor y el grito de batalla de Guzmán. Quedé aturdido por unos minutos, lo suficiente para que el viejo me arrastrara hacia la silla donde desperté la primera vez. Apretó mucho más las amarras, la que cruzaba mi pecho casi no me dejaba respirar. Dejó solamente el brazo derecho sin amarras y acercó una mesa con ruedas, que al moverla resonaba en chirridos por los años sin utilizarse. Sobre la mesa colocó mi brazo, que yo intentaba mover torpemente entre el aturdimiento de la cabeza y las funciones del resto de miembros. Guzmán me golpeó el brazo con el bastón, como si fuera un pedazo de carne que deseaba ablandar antes de consumir. Después de unos chillidos de dolor y pequeños saltos en mi silla, como si estuviera electrocutándome, mi brazo estaba tan adolorido que cada movimiento era como si lo quemaran desde adentro hacia afuera. Intenté mantenerlo inmóvil.

—¡Déjalo! ¡Te lo suplico! ¡Déjalo! —escuchaba los gritos de Daniela, mientras el aturdimiento se volatilizaba lentamente.

—Esto es —escuché a Guzmán, totalmente ajeno o sordo, a las súplicas de Daniela, era como si ni siquiera la escuchara. Cuando el viejo volteó hacia mí, tenía un serrucho de dientes finos, pero oxidados—. Lamento realmente que esto vaya a doler tanto, pero no dispongo de otros instrumentos...

Sentí los fríos dientes del serrucho en mi brazo e intenté moverlo, pero el dolor era más fuerte, tenía el brazo quebrado o fraccionado, pero dolía montones. El viejo empezó a medir y al final dejó el serrucho a mitad del antebrazo, exactamente entre el codo y la muñeca.

—Tiene mucho filo. Lo juro. No quiero realmente hacerte sufrir, después de todo eres mi nieto... —me miró con cierta simpatía—. ¿Quieres retractarte de algo? —colocó el serrucho bajo mi mentón, para levantarme el rostro y mirarlo.

Negué con la cabeza. Eso hizo que en su rostro se dibujara una amplia sonrisa.

—Es tu decisión. No amenazo en vano, hijo.

Volvió a colocar el serrucho en el brazo y a moverlo hacia delante y hacia atrás. Apreté los ojos.

—Quédate aquí. No te muevas. Vuelvo... no te muevas —la voz de Guzmán sonaba con ecos. Me estaba hablando desde hace mucho, pero no recordaba qué—. Dime algo. ¡Háblame! ¡Efraín! —me zamarreó—. Ok. No te preocupes, estarás bien, solo... traeré a Valerio. No te muevas. No hagas movimientos. ¡Quédate despierto! —me dejó suavemente en el suelo, apoyado en una pared, en la completa oscuridad del calabozo y se retiró.

Estaba transpirando frío y temblando, pero me encontraba en un pasivo estado de mitad consciencia y mitad alucinaciones. Moví mecánicamente ambas manos a mi rostro, pero solo la izquierda lo tocó. En aquel momento me golpeó con la fuerza de un rayo, el dolor más grande que había sentido en mi vida. Me retorcí en el suelo, golpeando con mis pies el suelo y apretando los dientes con tanta fuerza que pensé explotarían como cristales. La cabeza me daba vueltas y apoyándome en la pared, me coloqué de pie con la tenacidad de un drogadicto que necesita saltar tres metros para ir a buscar sus drogas. Empecé a caminar, tropezar, caer, levantarme... y otra vez lo mismo. Me di de golpes inútiles en las paredes de un lado a otro, como si buscara derribar el inmenso muro, pero solo deseaba apagarme de alguna manera para impedir que el dolor me volviera loco. Entre todo aquello, escuché la voz de Daniela, más viva que nunca.

—Efraín. Efraín —me llamaba—. ¿Me escuchas?

Guzmán abrió la puerta del calabozo unos segundos. No venía con Valerio y solo apareció envuelto en las sombras del candelabro su diabólico rostro, para mirarme a los ojos y decirme:

—Valerio no está, pero volverá en dos horas.

¿Qué había hecho?

Caí de golpe con las rodillas machucándomelas en el suelo. Aquel dolor no era nada, parecía un piquete de una pulga en comparación con el mordisco de un tiburón.

Guzmán traspasó la información y cerró la puerta. Dos horas, ciento veinte minutos esperando, siete mil doscientos segundos perdiendo sangre y con dolor.

Escuché los gritos de Daniela desde su calabozo y un inesperado regalo del viejo fue lanzado hacia mí. Daniela fue trasladada desde su infierno hacia el mío, no sabía si

esto era una ventaja o desventaja para ella. Le fue entregado un candelabro y la puerta fue cerrada de golpe. Ella estaba allí presente, era delgada y de baja estatura, de la misma blanca piel que la mía en estado saludable estable, y de ojos verdes, grandes, como los de un gato a mitad de la noche. Cuando me miró, su impresión me desalentó mucho, se quedó quieta como momia contemplándome como si yo fuera una especie de extraterrestre que había bajado a la tierra. Después cambió por lástima y al final caminó hacia mí con una pequeña sonrisa para animarme.

—No va a resultar —susurré.

—¿Qué no va a resultar? —me preguntó, limpiándome la transpiración del rostro.

—Valerio —solté y ella frunció el ceño—. ¿Qué crees?

—¿Estás loco? ¿Hiciste todo esto por Valerio? Puedes morir...

—No me importa.

—¿Crees que Valerio pueda ayudarnos a salir de aquí?

—¿Qué? No. No creo.

—¿Entonces?

Cerré los ojos el tiempo suficiente, como para que ella suspirara desalentada por mi silencio, que suponía lo interpretaba con un “nunca saldremos de aquí”.

Cada segundo mis párpados eran más y más pesado, respirar me costaba más y mi corazón palpitaba poco...

—¡Efraín, quédate conmigo! —me dio una bofetada débil en el rostro y después otra más fuerte—. ¡EFRAÍN!

Cuando desperté, me sorprendieron los ojos de Valerio enmarcados en sus grandes gafas. ¿Era realmente él o seguía inconsciente?

—Soy yo —dijo, siempre con su tono tranquilo y adivinando mis pensamientos—. En lo que a mí concierne —habló educado, pero no estaba dirigiendo el diálogo a mí—, sobrevivirá. Suturaré la herida.

—Te dejaré hacer el trabajo tranquilo. Gracias Valerio —dijo Guzmán desde la puerta.

Valerio mantuvo la mirada en el pintor unos segundos. Aquella mirada tenía algo de escalofriante, como si mantuvieran un secreto tan poderoso que los consumía a ambos. Guzmán se retiró en silencio.

Daniela estaba arrodillada al lado de Valerio, con dos candelabros en la mano, temblaba y lloraba, intentando respirar entre ambas muestras de miedo. Sus ojos rodaban entre Valerio y mi rostro.

—Fue un impulso muy torpe, joven Moris —me llamó por el apellido de mi padre y lo agradecí—. Espero que la recompensa compense el dolor.

—Necesitaba verlo —asintió, como si fuera algo evidente—. Quiero... Tengo preguntas. Muchas preguntas.

—Veremos —contestó y sonrió. Encendió la llama de un soplete y calentó una pieza de metal.

—¿Qué hace? —preguntó Daniela aterrada.

—Cauterización —respondió Valerio—. No te ves bien —le dijo a ella—. ¿Cuántos meses?

—¿Cómo...? —ella cambió la mirada al suelo—. Tres meses.

—¿Sangrado?

—¿Qué importa? Igual morirá. Jamás saldré de aquí.

—Negatividad, un pecado de esta generación —suspiró y guardó silencio—. Listo —sonrió, con el metal ya caliente en unas pinzas—. Es una técnica antigua— explicó—, pero funciona... esperemos.

—¿Va a quemarlo con eso? —preguntó Daniela escandalizada—. ¿Va a ponerle algo? ¿Qué va a hacer? ¡Espere! —gritó.

Daniela se aferró a mi mano izquierda y me volteó el rostro hacia ella. Con desesperación intentó hacer todo lo posible para evitarme el dolor de la quemadura. No lo logró. Fue rápido, pero el ardor torturante se mantuvo unos dos minutos. Grité y me contorsioné en el suelo, parecía que el demonio me hubiera poseído.

—Joven Moris —escuché la voz de Valerio tan lejos—. Estoy aquí unos minutos más, necesitas ocupar su tiempo con prudencia e inteligencia.

Preparó una inyección en su maletín.

—Papá... —susurré. No tenía mucha fuerza.

—Osvaldo se encuentra vivo y estable.

—Bien. Bien...

Me inyectó la primera jeringa y preparó una segunda.

—¿A quién... a quién mató... papá?

Valerio se acomodó las gafas.

—Un infante. Fue un accidente lamentable. Lo último que supe del terrible suceso... —aclaró la garganta y los segundos de pausa fueron una tortura. El dolor me golpeaba con fuerza cuando nada me distraía—, es que Guzmán pintó un cuadro llamado: “El niño en metamorfosis”.

Era el cuadro. Mi padre asesinó al niño del cuadro que después estaba en nuestra casa. Todo estaba conectado.

Daniela me secaba la transpiración y las lágrimas del rostro. Valerio limpió sus gafas que estaban empañadas, en el tiempo que yo estaba tan aturdido, que ya no lograba formular más preguntas.

Valerio con la misma tranquilidad, pausas, tono y misterio, se colocó las gafas y preparó mi brazo derecho para la segunda jeringa.

—Usted también estaba allí —continuó hablando—. Tenía ocho años. Un niño muy curioso... Le encantaba el castillo de Guzmán. Le encantaba meter su pequeña nariz en los rincones más oscuros del castillo...

Los recuerdos volaron a mi cabeza. Temía de los subterráneos y mi padre me llevó a la hipnosis, pero no era una fobia irracional, no era un simple miedo que nació por alguna causa accidental: era algo importante. Mi padre me realizó la hipnosis para que olvidara el suceso. No deseaba que recordara algo... el subterráneo...

Cuando tenía ocho años, mi padre Osvaldo me llevaba periódicamente de visita al castillo con el extraño pintor que era mi abuelo. Osvaldo con su padre ya no tenían una buena relación, pero solían hablar temas triviales para fingir conmigo y que tuviera una infancia normal. Ellos no sabían que yo los escuchaba discutir siempre. Hablaban temas extraños, citaban a la muerte en sus líneas y mi padre Osvaldo siempre se enojaba mucho cuando Guzmán sacaba el árbol genealógico de la familia.

También estaba la abuela, una mujer muy dulce. Ella solía quedarse conmigo y compartíamos unas galletas. Era una mujer extremadamente joven para el abuelo o eso creía yo. No tenía arrugas en el rostro, era delgada, estilizada y con nariz respingada. Tenía aquella sonrisa tan angelical y sus galletas eran las más exquisitas de todas. Tampoco tenía una buena relación con su esposo, él casi no le prestaba atención, pasaba la mayor parte del tiempo en el subterráneo del castillo con sus pinturas, con su arte, con su concentración monstruosa, que cualquier ruido, susurro o resoplo, lo enloquecía.

—Quizás ya no vaya a estar aquí —me dijo la abuela un día, recordaba sus palabras, con el tiempo las había aludido a alguna clase de sueño—. Te extrañaré mucho Efraín, pero no puedo seguir aquí...

—¿Es mi culpa? —le pregunté.

—No hijo, nada es tu culpa, eres un niño adorable.

Ella jamás abandonó el castillo. Un día su sonrisa se fue apagando, ya no cocinaba galletas y ya no hablaba conmigo y con nadie. Se fue encerrando en su habitación hasta que ni siquiera veía la luz del día. En ciertos momentos la vi asomarse por la ventana del castillo, como un fantasma que deambula eternamente en busca de la libertad.

Mi curiosidad me llevó a aquel día del accidente. Mi padre Osvaldo y yo íbamos en el viejo automóvil, un Volkswagen de 1976, de color rojo brillante. El accidente no lo recordaba con tantos detalles, pero sí al niño, la mirada asustada cuando lo arrojó el auto, los trapos viejos que usaba de vestir, su cabello desordenado, sufría de disimetría de los miembros inferiores, su pierna derecha era más corta que la izquierda y su cuerpo era extraño, como si tuviera muchos tumores, tenía la panza abultada como de embarazo... Llamó mucho mi atención. Con los años, cada vez que veía el cuadro, me recordaba algo frágil y me obsesioné con su presencia.

Papá lo cubrió con su chaqueta cuando lo atropelló y lo metió al automóvil. No dudó en dejarlo en el castillo. Se encerró en una sala a discutir con su padre, gritaban y gesticulaban de forma exagerada... Al terminar de discutir, papá me sacó de un brazo, arrastrándome hacia afuera y juró que jamás me llevaría al castillo.

—Eras muy curioso —la voz de Valerio me regresó a la realidad, que resultaba peor que los recuerdos—. Demasiado —me inyectó la tercera jeringa con cierto odio—. ¡Qué niño!

Sus últimas dos palabras, me regresaron a los recuerdos. Yo regresé al castillo. Me escondí en el Volkswagen cuando mi padre salió a escondidas de la casa. Él no sabía que yo estaba allí. Me escabullí por la puerta trasera del castillo y allí fue donde encontré a Valerio. No sé si más joven, lo recordaba de la misma edad, con los mismos lentes, la misma ropa y la misma sonrisa. No estaba solo... estaba con alguien: una mujer. Estaba besando a una mujer.

—¡Qué niño! —dijo y tomó la mano de la mujer. Escaparon.

Entré al castillo y...

—Descendió las escaleras al subterráneo —dijo Valerio. Otra vez me regresaba al presente—. Guzmán había salido rápido por la llegada sorpresiva de su hijo y no cerró la última puerta. Allí, señorito, usted fue testigo...

—Al niño —completé yo—. Guzmán no lo enterró. ¡El niño no estaba muerto! —con la adrenalina me senté de golpe. Una imagen me golpeó—. Me pidió ayuda.

Recordé todo. Uno de los calabozos estaba abierto. Yo llevaba un candelabro conmigo. El calabozo era rojo y tenía varias pinturas. El candelabro cayó de mis manos cuando ingresé, pero no importaba, la habitación ya estaba iluminada. Allí estaba el niño, no tenía una mano, estaba amarrado a una silla, sus ojos eran grandes y lloraba.

—Ayúdame —me suplicó.

No reaccioné inmediatamente. Me apoyé en una pared y lo contemplé por varios minutos sin reacción, grabándome en la cabeza cada uno de sus gestos, de su cuerpo, de su mirada de dolor. Grabando cada una de sus lágrimas. Después grité. Grité hasta quedar sin voz. Papá fue el primero en llegar, me tomó en brazos y me apartó del lugar. Estaba también llorando y temblando. Guzmán me miraba con cierta curiosidad y desde allí mi padre juró jamás visitarlo. Obviamente no cumplió su palabra.

—Osvaldo me buscó para pedirme ayuda —dijo Valerio—. Eras un muñeco de trapo. Estabas catatónico.

—Intentó borrar ese episodio de mi cabeza, pero entonces Guzmán me regaló el cuadro del niño... Me obsesioné con ello. Papá tenía miedo que descubriera la verdad.

—Su más grande secreto —acotó Valerio. Sus palabras tenían siempre un velo de enigma.

—Por eso el infarto... Pensó que había recordado... Estaba intentando protegerme.

—No se subestime —arregló su bolso—. También buscaba lo que todos buscamos: cubrir nuestros secretos con tierra.

Se sacó el sombrero para despedirse de forma cordial.

—¿Rubén? —preguntó Daniela.

—Presumo que hablas del otro joven... —se dirigió a ella—. Indudablemente ha muerto.

—¡Por favor ayúdenos! —empezó a suplicar entre lágrimas.

—Sin escándalos —hizo una reverencia y le dio la espalda.

—¡Por favor! ¡Por favor! ¡POR FAVOR! —gritaba desconsolada.

—Era ella —dije de pronto. Estaba razonando conmigo mismo. Mis memorias desordenadas me hicieron entender y temer de muchas cosas, pero también aprendí a

tomar aquello que me sirviera del pasado para utilizar en el presente, porque como Valerio dijo: todos buscamos cubrir nuestros secretos con tierra, incluyéndolo—. Estabas con ella cuando te vi...

Valerio se detuvo, pero no nos miró.

—La querías y ella a ti. ¿Guzmán lo supo no? Guzmán se enteró que su esposa y su doctor tenían una relación. Ella no lo quería. Ella te amaba a ti y pensaba escapar contigo, pero él lo supo y la encerró. Encontraron una forma de verse ¿no? —la imagen de un Valerio del pasado, de la mano de una mujer, empezó a tomar forma... aquella mujer empezó a tener sonrisa, mirada dulce, olor a galletas...—. Él también lo supo. Jamás la perdonó.

—Lo felicito joven Moris —habló Valerio seco—. Ha utilizado la cabeza, después de todo —caminó a la salida.

—¿Por qué ayudas a un hombre así? —pregunté, pero Valerio abrió la puerta, sin ninguna intención de responder. Debía guardarse los secretos que se relacionaran con su propia vida, la que me intrigaba, porque desde mi recuerdo hasta el presente, era difícil decirlo, pero me parecía que conservaba la misma edad ambigua y el mismo aspecto señorial—. Creo que ella está viva —mis palabras lo volvieron a dejar inmóvil—. Guzmán se ha referido a ella en presente: “Ella me ama”. “Somos muy felices” —recordé las palabras que gritó mientras me golpeaba—. Guzmán te ha mentado.

Me regaló una sonrisa, cubierta de frescura, como si por segundos rejuveneciera, pero pronto las sombras llegaron a su rostro y su mirada negra se convirtió en un pozo donde podías caer eternamente en gritos arrancados desde el miedo más profundo. Repitió el gesto reverencial con su sombrero, lo que ahora tenía una mezcla de despedida con agradecimiento.

—Ahora que ha recordado —me dijo—, espero vuelvas a convertirte en el niño curioso que descubría puertas abiertas.

Salió del calabozo con la misma sonrisa. No cerró la puerta. Quizás estaba fantaseando con ideas de libertad, pero me parecía que Valerio me estaba ayudando a escapar.

Daniela me ayudó a colocarme de pie y salimos del calabozo. Ella tomó un candelabro y lo llevó en la mano que le quedaba libre, porque la otra estaba rodeando mi cintura, para ayudarme a estabilizarme. Debía detenerme cada siete u ocho pasos, porque el dolor me estaba quemando la piel y era tan fuerte el poder mental de ello, que también sentía que mi cabeza era consumida por el fuego. Me sentía mareado, con deseos de vomitar y con el aturdimiento suficiente para tirarme al suelo, cerrar los ojos y no despertar en un año. Pero seguí caminando, porque estaba seguro que si me daba por vencido, Daniela haría igual. Yo necesitaba creer que podía salvarla y ella que podía salvarme a mí. Mi cabeza ya no funcionaba, ni bien ni mal, simplemente no funcionaba. No podía hablar o juntar ideas coherentes. Había recordado demasiada información y los mismos miedos que me traumaron en un pasado, regresaron con más fuerza. Era una herida sin cerrar que había gangrenado. Todo se resumía en caminar hacia delante. Nada más. Ni mirar el camino, ni pensar en obstáculos, ni reconocer un futuro, ni respirar la libertad. La simpleza se resumía en avanzar.

La puerta estaba abierta y la cruzamos sin dificultad. Subimos la escalera y empezamos a atravesar las diferentes galerías del pintor. Todas con la luz del candelabro que empezaba paulatinamente a dejarnos en la oscuridad. Entonces fue cuando atravesamos una puerta, que parecía mágica, una dimensión hacia un mundo de luz; de luz fuerte y natural. El golpe me dejó enceguecido por unos segundos. Daniela lagrimeó, pero de la emoción. Ella me guió hacia la puerta final, primero dimos algunos tropezones y nos perdimos, pero finalmente ella llegó hacia la salida. Yo estaba todavía aturdido. Más aturdido quedé cuando salimos: aire natural, pequeñas gotas de lluvia caían en nuestra cara y podía respirar la libertad. Era un sueño.

—No, espera —me detuve y me apoyé en ella. Escuchamos algo que nos erizó los bellos de la piel, era la voz de Guzmán. No estaba cerca, pero estaba en algún lugar. También escuché la voz de Valerio, mucho más tranquila y elegante.

—Hay que salir inmediatamente —dijo ella—. Date prisa.

—No puedo —suspiré—. Papá está adentro todavía.

—Vamos a buscarlo.

—No —la detuve otra vez—. Espera. No. Está mal —me sequé la transpiración del rostro e hice un esfuerzo por pensar—. Es un error. ¿Sabes conducir?

—Sí, ¿por qué?

—La camioneta —apunté hacia la camioneta vieja en que llegué un día con Violeta. La maldita Violeta—. Conducéla. Busca ayuda.

—¿Y tú?

—Solo hazlo.

—¿Y tú? —insistió.

—Si nos atrapan a todos volvemos al comienzo. No. No puedo permitir volver al comienzo —cerré los ojos y enfoqué todas mis ideas en alguna que la hiciera reaccionar—. Tú estás embarazada y... son dos vidas. Solo vete.

Ella tomó mi rostro con fuerza y lo besó apasionadamente.

—Las llaves están en la guantera —dije yo mecánico—. Vete.

Ella asintió y corrió a la camioneta. Sabía que el primer ruido del motor alertaría a Guzmán y que Valerio no haría nada para detenerlo. El pueblo no estaba muy lejos. El bosque era el tramo más difícil de cruzar, pero el resto era un camino tranquilo, donde posiblemente también existiera rastro de civilización o un teléfono de emergencia.

Regresé a la casa. Otra vez en busca de mi padre. Escuché el ruido del motor y con ello empecé a gritar:

—¡Papá! ¡Papá!

Los primeros minutos en silencio me hicieron creer que no aparecía, pero después escuché algo que me regresó las esperanzas.

—¿Efraín? —su voz sonaba viva. Mucho más viva que la mía.

El sonido de la voz provenía desde el interior de una pieza con llave. Apoyé mi cabeza en la puerta. No tenía ninguna idea. Di dos golpes con la cabeza en la madera y comencé a llorar.

—¿Por qué regresaste? Solo vete. Sal de aquí —decía papá desde el interior. Imaginé que su voz estaba más cerca y que no nos separaba nada. Pero aquello cayó de golpe. Sí nos separaba algo, nos separaba un muro peor que el de Berlín.

—¿Cómo mierda pasó esto?! —la voz de Guzmán resonó en todos los rincones. Estaba gritando encolerizado. Giré hacia él, al tiempo suficiente para esquivar el golpe de

su bastón—. ¡Hijo de perra! —soltaba insultos al azar.

—¡Corre Efraín! ¡Corre! —gritaba Osvaldo desde el interior de la habitación—.
¡Hijo, corre!

Osvaldo me había llamado hijo...

En una nueva emboscada del viejo, corrí hacia él como un toro, y lo empujé contra una de las paredes. Luchamos. Cada uno tenía sus debilidades que estaban bastantes marcadas. Él era viejo, usaba bastón para caminar y no era corpulento. Yo estaba herido, había perdido muchísima sangre, y mi aturdimiento me mantenía con mucha suerte consciente de lo que me rodeaba, pero no apto para luchar.

Me dio varios golpes en el rostro y aquel maldito bastón que utilizaba como una herramienta primitiva para cazar, me tenía adolorido. En uno de los golpes del bastón, interpuse mi mano izquierda y logré atraparlo. Luchamos por el objeto como se lucha por una pistola en alguna batalla a muerte. Solté el premio por unos segundos, el suficiente tiempo para golpear a Guzmán quebrándole la nariz y dejándolo adolorido en el suelo. Me quedé con su bastón.

Los gritos de papá eran cada vez más desesperados. La puerta vibraba con sus golpes. Parecía que corría contra la puerta para derribarla. Estaba furioso como una bestia.

El bastón en mis manos me dio cierto poder. Incluso mi rostro dibujó una sonrisa enferma. No era yo el que estaba en posesión del bastón; era el propio monstruo que sentía su triunfo cada vez más cerca. El monstruo que me había poseído.

Empecé a golpear a Guzmán con su propia arma. Los golpes primero los recibí con gritos de dolor y con los dos primeros golpes en la cabeza, dejó de quejarse. Tenía solo un brazo, pero el monstruo no conocía de impedimentos físicos, amputaciones o dolor. Seguí golpeándolo con la misma macabra risa que Guzmán soltaba al dispararle a Violeta. Aquella sensación que no importaba que mi rostro estuviera manchado en sangre o silencio sepulcral de mi víctima, solo importaba la sensación de desquitarse con algo. Era un luchador de boxeo golpeando un costal, con sus nudillos sangrando, sin fuerza, aturdido por la sensación de euforia y de poder. Debí golpearlo por unos treinta minutos deleitables en cada una de las gotas de sangre que salpicaban en mi rostro o cuando la piel de Guzmán se desprendía y su rostro se desfiguraba por los golpes. Al terminar, aquella masa ensangrentada, no tenía nada de humana. Nada. Solamente un ojo me observaba desde el charco. Un ojo que transmitía una sensación burlesca. Aquel ojo decía “gané”.

Caí de rodillas, jadeando de cansancio. La mano soltó el bastón porque ya no podía sostenerlo. Por minutos ya no tenía fuerzas para nada. Era un muerto viviente que por algún motivo sobrenatural en su condición: respiraba.

Entre la masa, los pedazos de lo que fueron miembros y la cantidad exagerada de sangre, vi un objeto brillante... llaves. Las saqué y me arrastré literalmente, sin ser capaz de colocarme de pie o soportar el peso de mi cuerpo, hacia la puerta. Una de las llaves abrió la puerta. Aquella fueron literalmente mis últimas fuerzas humanas.

22

La última imagen que creí ver en aquel castillo, no sé si existió o fue parte de mi imaginación. Desde las ventanas del castillo, mientras me subían a la ambulancia, vi o creí ver, a un hombre de ojos enmarcados en gafas negras que se sacaba el sombrero al tiempo que dibujaba una sonrisa suspicaz. ¿Valerio? No sé. No sé si fue real...

Daniela me fue a visitar después de varios meses. Ella ya no estaba embarazada, posiblemente el niño ya estaba en casa, en su cuna, con su árbol genealógico impecable y sus dulces sueños. Daniela estaba bien, tenía un tic nervioso en el ojo y cada vez que se encontraba con mi mirada enferma, que no pestañeaba o descansaba, miraba el suelo en un suspiro largo y tormentoso.

—Lamento haber tardado tanto en visitarte. Mi embarazo no fue nada bueno y necesitaba tiempo para curarme.

Tenía un block de dibujo en mis piernas y un grafito en la mano izquierda. No me despegaba en todo el día de aquellos dos objetos. Era además lo único que se me proporcionaba.

—Quiero que sepas que puedes contar conmigo para tu recuperación. Voy a estar aquí para ayudarte.

—Estoy curado —susurré.

—No, no lo estás. Piensas que sí, pero...

—No tienes idea lo que pienso —musité interrumpiéndola.

—Tu padre Osvaldo me ha contactado porque cree que no estás bien. Se encuentra desesperado...

—Débil —volví a interrumpirla.

—¡No es débil! —levantó la voz—. Quiere lo mejor para ti.

—Somos egoístas por naturaleza.

Se refregó la cara cansada y respiró profundamente.

—Efraín, sé que estás pasando por un mal momento, pero no puedes caer en el juego que él quería.

—¿Luis Alfredo Guzmán? ¡Di su nombre! —la desafié.

—No —se cruzó de piernas nerviosa.

—¡Dilo!

—¡NO! —se levantó enojada.

—No estás curada. Te ayudaré en tu recuperación —repetí sus palabras con un tono de burla.

—Estás siendo irracional. Él está controlándote...

—¿Quién? ¿Él? —le mostré mi dibujo. Desde que llegué al Instituto Mental, solo podía dibujar el ojo de Guzmán entre la masa de sus miembros y el charco de sangre. Ella dio un grito nervioso y volteó para no mirar el dibujo—. ¡Míralo! ¡Míralo!

—Basta Efraín. No voy a caer en tu juego.

—Matarlo fue la mejor sensación del mundo.

—No voy a discutir más contigo —caminó a la salida y golpeó la puerta para que la dejaran salir.

—Daniela, si vuelves a venir, voy a matarte —ella giró asustada—. Extiende mis buenos deseos y saludos a mi padre, por favor.

Daniela golpeó con desesperación la puerta.

Epílogo

Querido hijo:

Ahora que he de morir y me han permitido despedirme, vengo a ti con la pureza de la verdad, aquella que me fue negada por muchos años por mi padre. Estoy aquí transparente. Soy un asesino. He matado a muchas personas y mis pinturas son obras porque me he inspirado en aquellas muertes. Es así. Mi felicidad ha dependido del pincel, inspirado en las muertes más oscuras y macabras, como te habrán dicho.

He asesinado, he sentido aquel poder indiscutible que emana desde el interior del cuerpo cuando una vida humana se encuentra en tus manos y te transformas en Dios. He sentido la sangre tibia cayendo en mi rostro y apoderarse de mis pensamientos. He visto muchas miradas apagarse y muchas más desprenderse por mi propia fuerza.

No estoy explicando o excusando todos mis homicidios. No estoy arrepentido de nada. Si he de morir por mis crímenes, que así sea, pero mi arte ha sido una puerta hacia el mundo de los muertos y sé que adoras mis pinturas en secreto. Si he de morir por las vidas que arrebaté, que así sea, soy un homicida. Pero mi arte es indiscutiblemente una muestra del talento que ha vivido en nuestros antepasados, en mí y también en ti.

No te pido que me perdones. No. He descubierto muchas cosas en mi largo camino, pero solamente queda en mi cabeza un secreto que me ha obsesionado durante tantos años. Jamás he mencionado esto a nadie. Temo que me tachen de loco... que no lo estoy. En el castillo de Luis Alfredo Guzmán, tu bisabuelo, existía un hombre enigmático cuyo nombre era Valerio. Era o es un doctor. No lo sé. Con el tiempo muchas historias de él llegaron a mis oídos y ninguna parecía tener lógica. Son puntos suspensivos. Son fragmentos que he acumulado en mi diario personal, el que te será entregado el día de mi muerte. Intenté buscarlo también, pero... a veces sentía que se burlaba de mí con una reverencia, porque su rastro hasta el día de hoy: ha desaparecido. Solo te pido eso: encuentra a Valerio y descubre su historia. Valerio es la clave.

Con amor Tu padre

Efraín Guzmán Moris.